

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.— Nú-
mero suelto, 10 céntimos.— Atrasado, 25.— Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

CASTELAR

El 25 del pasado murió en San Pe-
dro del Pinatar. Su cadáver fue condu-
cido a Madrid y depositado, hasta el
lunes que se le enterró en el cementerio
de San Isidro, en un salón del Congre-
so, por donde desfiló casi todo Madrid.

El mismo día que se recibió la noti-
cia de la muerte del que reorganizara el
Ejército en 1873 y devolvió al cuerpo
de artillería sus cañones, hubo recepción
y baile en el ministerio de la Guerra.

Silvela publicó un decreto disponien-
do que el Estado corriese con los gastos
del entierro; pero en tal forma lo redac-
tó, que la familia de Castelar, ofendida,
recabó su derecho a costearlo ella. Sil-
vela dió explicaciones que no convencie-
ron a nadie.

Polavieja á su vez se opuso á que se
le concediesen al cadáver honores mili-
tares y hasta prohibió que los militares
acudiesen de gala al acto. La enérgica
y noble actitud de Martínez Campos no
logró que se modificara el segundo extre-
mo. Después aseguró Polavieja que lo
de negarle los honores militares á Cas-
telar había sido resolución de Silvela.

El entierro fué la manifestación ma-
yor que ha presenciado Madrid. Todos
los comercios se cerraron.

Los capitanes generales del Ejército,
Martínez Campos, López Domínguez,
Primo de Rivera y Blanco, y tenientes
generales Pando y Salcedo, asistieron al
entierro de gran gala á pesar de la opo-
sición de Polavieja. Concurrieron ade-
más de media gala muchos tenientes ge-
nerales, generales de división y de bri-
gada, y jefes y oficiales de todas las ar-
mas é institutos del ejército.

Imposible citar las corporaciones y
personas que asistieron ó estuvieron re-
presentadas ni recordar las coronas que
se enviaron al Congreso.

Los republicanos de todas las fraccio-
nes, excepto la que obedece al señor Pi
y Margall, acudieron en gran número.
Las comisiones de provincias fueron mu-
chas.

El cuerpo diplomático asistió de gran
uniforme, acompañado del personal res-
pectivo.

Muchos edificios ostentaban colgadur-
as negras.

De los grupos salían incesantes vivas
á Castelar, á la República y mueras al
general jesuita y al gobierno.

En suma, que el entierro de Castelar
ha representado, no solamente un tribu-
to al hombre más grande de España en
este siglo, sino una protesta de Madrid
entero contra el gobierno que le ha rega-
teado honores, confundiendo en ella el
pueblo y el ejército, y haciendo concebir
esperanzas que parecían amortiguadas.

Gloria al hombre que, aún después de
muerto, despertó tales entusiasmos, sen-

timientos tan elevados y aviva el deseo de
futuras reivindicaciones en beneficio y
honra de España.

EL MUERTO VIVO

Como tantos otros republicanos, pue-
do bien decir que he pasado mi vida, ó
admirando á Castelar, ó combatiéndole.
Antes del 74, pensando con su cerebro;
después, trabajando por borrar hasta el
recuerdo de que lo había admirado.

Pero hoy, ante ese cadáver que des-
pierta duelos tan hondos y homenajes
tan grandes, no sólo en España, sino
en el mundo entero; ante esa gloria que
no ha necesitado para ser inmensa los
misterios de la muerte, yo olvido al
Castelar político para prosternarme ante
el Castelar democrata, propagandista,
orador, patriota, artista; ante el Cas-
telar que ha hecho llegar el nombre de
España á puntos donde no había llegado
hasta ahora sino en resplandores de ho-
gueras inquisitoriales; ante el Castelar
que perdura más vivo en la memoria de
todos desde que ha muerto.

Y quisiera disponer por una hora de
su inspiración y su talento, para dedi-
carle un recuerdo digno de él.

Dos impresiones

Me pidieron de *Vida Nueva* un juicio po-
lítico de Castelar y envíe estos renglones:

CON SINCERIDAD

Queridos compañeros Rodrigo y Dio-
nicio: He combatido con tal rudeza en
ocasiones la política de Castelar, que
acusaría veleidad y rebajamiento en mí
el elogiarle como político ahora que ha
muerto. Y como no tengo la elasticidad
de entendimiento ni de carácter que se
necesita para imitar á los que hoy le ad-
miran por cualidades que ayer le negar-
on, me abato de emitir el juicio que
acercas de él me piden ustedes.

Nunca, ni aún en los momentos que
la pasión política pudo hacerme traspa-
sar las fronteras de la justicia, perdí su
estimación: quiero demostrar que la me-
recía no prodigándole hoy vulgares ala-
banzas.

Del orador, del escritor, del artista,
del patriota, ¡qué pudiera decir yo, que
no hayan dicho otros y que valga más
que esta afirmación: *fué el primero?*

La historia juzgará su obra política
desde el 74 acá. Sus correligionarios, de
quienes tan distanciado anduvo durante
muchos años, nos enorgullecimos de que
las últimas palabras pronunciadas por el
gran tribuno fuesen estas: «*QUE ME LLE-
VEN CON LOS REPUBLICANOS; tengo que ha-
blar en el Congreso; ya veréis el discurs-
o que guardo.*» Y España, la España
que él amó tanto, siente deseos de paro-
diar ante el cadáver del más grande de
sus hijos una frase célebre: «*Castelar:
la que acaso muera pronto como nación,
te saluda.*»

Después me telegrafió Junoy pidiéndome
algo para *La Publicidad*, y le remitió esto:

UNA OPINION

Fué una desgracia que Castelar no se
decidiera hace un año á volver á la po-

lítica activa. Si se decide, ni la mutila-
ción territorial de España hubiera sido
tan grande, ni soportaría hoy tantas hu-
millaciones y vergüenzas.

Y si en vez de hallarse herido de muer-
te al volver ahora, conserva siquiera la
mitad del vigor físico que siempre tuvo;
y no es en su casa donde recibe el Men-
saje de las cien mil firmas, sino en un
meeting, teniendo á su lado á Pi y Sal-
merón, invitados por él para trabajar
por la República, ni aun discurso necesi-
taría haber pronunciado. Con decir,
abrazando á sus correligionarios: «*Pues-
to que la monarquía ha retrocedido al
67, retrocedamos nosotros al 72.*» habría
producido tan colosal movimiento de opi-
nión, que acaso hubiera muerto el día 25
ocupando ya el puesto desde donde la
envidia le ha negado honores que nadie
cual él mereció.

Y, por lo menos, habría dejado á los
republicanos tan unidos y dispuestos á
traer lo que por culpa de todos se per-
dió, que pudiera bien haber lanzado en
su agonía esta frase profética, sin temor
á que los hechos la hubiesen desmentido:
«*Cid de la democracia, ganaré la
República después de muerto.*»

Tanta era su influencia, tan grande
su poder, tanto le admirábamos aún los
que en tiempos lejanos aprendimos de-
mocracia en sus discursos sublimes, y
los que en sus escritos han hallado des-
pués las sensaciones hermosas que po-
nen notas apagadas en la voz y lágrimas
de entusiasmo en los ojos.

Ambas impresiones obedecen al pensa-
miento que guiaba mi pluma en estos últimos
tiempos: obligar á Castelar á que hablase
claro, para que el partido republicano se hu-
biese agrupado casi todo entero á su alrede-
dor; porque se habría agrupado sin duda al-
guna, solamente con que hubiese dicho: «*va-
mos á trabajar juntos por la República.*»

Su política no era la mía; pero reconociendo
en él cualidades de hombre de gobierno
superiores á las de todos sus contemporá-
neos, lo estrechaba para que pronunciase la
palabra que todos esperábamos.

De haberla pronunciado, nunca hubiera yo
sido de los suyos, pero tampoco le habría
combatido. Fué el primero que lanzó la fra-
se «*la República con quien la traiga,*» y no
hubiese desmentido esa frase.

¡Oh!, ha sido una verdadera desgracia la
muerte de ese hombre, el único que hubiera
podido en estos momentos unificar la mayo-
ría del partido republicano.

Del fondo del alma

—*Que me lleven con los republica-
nos!*— dicen que exclamó Castelar cuan-
do ya, casi sin aliento y balbuciente,
apenas podía articular palabras, cuando
sus ojos, ya vidriosos, apenas percibían
la luz del medio día.

—*Que me lleven con los republica-
nos!*... En estas frases del gran tribuno,
revélame los recónditos y perennes amo-
res de su alma por la Democracia y por
la República; amores que, si algunas
veces, por circunstancias especiales, por
debilidades humanas, por transaccio-
nes extrañas á la fortaleza de ánimo, ó
por otras causas que hoy no deben ser
juzgadas ni discutidas, pudieron apare-
cer como amortiguados en el pecho de
aquel hombre extraordinario, vibraban

siempre en lo más íntimo de su corazón,
allí donde el hombre guarda, como teso-
ro inapreciable para gozarse él sólo, el
secreto de sus vehementes pasiones, de
sus constantes deseos.

Castelar, por esas circunstancias á
que antes aludo, por causas que deben
olvidarse ante su tumba, por muchos
conceptos gloriosos, ha estado durante
los últimos quince años de su vida se-
parado de los republicanos, dando su
apoyo á la monarquía, entregado á su
admirable labor histórica y literaria,
cuando España más necesitaba de sus
conocimientos de político y estadista; y,
sin embargo, en su corazón guardaba
su supremo amor para los republicanos,
su alma estaba íntimamente consagrada
al ideal de la República y su pensamien-
to siempre fijo en la patria...

Esas frases postrimeras, escapadas de
sus labios yertos por la proximidad de
la muerte, salidas de su pecho en ins-
tantes de suprema angustia, como sale
espontáneo é inevitable el grito de do-
lor cuando el corazón siente el punzante
acero que lo traspasa, ó la conciencia el
torcedor cruel del remordimiento, si bien
pueden á los republicanos servirnos de
consuelo y de orgullo al demostrarnos
que en su hora última aquel hombre in-
signe pidió entre las ansias de la agonía,
como supremo consuelo, morir entre nos-
otros, sirviéndonos también de gran dolor,
de profunda pena, al considerar lo que
Castelar hubiera podido hacer por la pa-
tria y por la República, si en aquellas
épocas en que estaba en el apogeo de la
vida y de la gloria, cuando su palabra
vibraba con los acentos más poderosos,
enérgicos y elocuentes que voz humana
ha vibrado en este siglo, cuando su in-
teligencia privilegiada despedía ideas lu-
minosas como el sol esparce fecundantes
rayos de luz, hubiera dicho con acento
inspirado en sublimes ideales é impulsado
por enérgica voluntad: «*¡Quiero estar
con los republicanos! ¡Quiero salvar la
patria! ¡Voy á la República!*»

¡Ah! Entonces Castelar, si eso hubie-
ra dicho, si eso hubiera hecho, al readir
su cuerpo á la madre tierra, al pagar á
la naturaleza la deuda de ineludible pa-
go que todos al nacer contraemos con
ella, no hubiera pedido que le trajeran
con los republicanos en esa exclamación
que tiene de amor y de arre-
pentimiento; hubiera dicho, tranquilo en
su conciencia, resignado en su hora últi-
ma: «*¡Republicanos, enterradme! ¡Es-
pañoles, llorad sobre mi tumba! ¡Patria,
muero satisfecho y feliz! ¡He realizado
mi obra; te dejo lograda, con la Repú-
blica, los deseos de todos los corazones
nobles, de todas las almas grandes: el
imperio de la razón, de la justicia y de
la libertad!*»

JOSÉ CINTORA

Nuestro Castelar

Se discute si el grande hombre que aca-
ba de morir recibió con plena conciencia
los auxilios de la Iglesia católica.

Creo que no, por estar ya su razón apa-
gada cuando se los prestaron. Pero aun
cuando él los hubiera pedido, ¿qué significa-
ría esa debilidad? El Castelar de la historia
no sería ese en ningún caso; sería el otro, el

que en todo su vigor intelectual y físico,
proclamaba que *venía del campo de la filo-
sofía y la razón*; el que en la memorable
sesión de las Constituyentes del 12 de Abril
de 1869, pronunciaba estas inmortales pala-
bras:

«*Se ha concluido para siempre el dogma de la
protección de las Iglesias por el Estado. El Es-
tado no tiene religión, no la puede tener, no la
debe tener. El Estado no confiesa, el Estado no
cumplga, el Estado no se muere. Yo quisiera que
el Sr. Manterola tuviese la bondad de decirme
en qué sitio del Valle de Josafat va á estar el día
del juicio el alma del Estado que se llama Es-
paña.*»

«*En la historia eclesiástica hay muchas false-
dades, la falsa donación de Constantino, las fal-
sas decretales, el falso voto de Santiago, por el
cual hemos estado pagando tantos siglos un tri-
buto que no debíamos, y que si lo pidiéramos
ahora á la Iglesia, con todos sus intereses, no ha-
bría en toda la nación española bastante para
pagarnos aquello que indebidamente le hemos da-
do.*»

«*Hay un fresco (en la capilla Sixtina), en el
cual está un comisario del Rey de Francia pre-
sentándole al Papa la cabeza de Coligny; hay un
fresco donde están, enemigo de apoteosis, enme-
dio de ángeles, los verdugos, los asesinos de la
noche de San Bartolomé; de suerte que la Igle-
sia, no solamente acepta aquello, no solamente
en la capilla Sixtina ha llamado admirable á la
noche de San Bartolomé, sino que después la ha
inmortalizado junto á los frescos de Miguel An-
gel, arrojando esta eterna herejía á la razón, á
la justicia y á la historia.*»

«*Señores diputados: me decía el Sr. Manterola
que renunciaba á todas sus creencias é ideas, si
los judíos volvían á juntarse y volvían á levan-
tar el templo de Jerusalem. Pues qué, ¿creo el Sr.
Manterola en el dogma terrible de que los hijos
son responsables de las culpas de sus padres?
¿Cree el señor Manterola que los judíos de hoy
son los que mataron á Cristo? Pues yo no lo creo;
yo soy más cristiano que todo eso; yo creo en la
justicia y en la misericordia divina.*»

«*Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le proce-
de, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la
tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay
un Dios más grande, más grande todavía, que no
es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde
Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido,
yerto, coronado de espinas, con la piel en los la-
bios, y, sin embargo, diciendo: «*Padre mío; per-
dónalos; perdónalos á mis verdugos, perdónalos á mis
perseguidores porque no saben lo que se hacen.*»
Grande es la religión del poder, pero es más gran-
de la religión del amor; grande es la religión de
la justicia implacable, pero es más grande la re-
ligión del amor misericordioso; y yo, en nombre
del Evangelio, vengo aquí á pedirlos que escribais
en vuestro Código fundamental la libertad reli-
giosa, es decir, libertad, fraternidad, igualdad
entre todos los hombres.*»

Este, este es Castelar; el Castelar de la de-
mocracia, el de la razón, el de la historia, el
nuestro; no el que, andando los tiempos, y
por exigencias del medio ambiente que res-
piraba, concurría, devocionario en mano á
los oficios de Semana Santa y al llegar á un
pueblo tomaba el camino de la iglesia.

No; el Castelar que admiramos, el que
veneramos, es aquel; el que rompía la ca-
dena de los esclavos remachada por la Igle-
sia; el que ponía la soberanía del pueblo so-
bre la de Dios; el que destruía con el
hacha de su elocuencia el árbol ya carcomi-
do de la fe; el que ha hecho que el Castelar
de ahora pase á la inmortalidad.

Quédense, pues, los clericales con el Cas-
telar arrodillado, contrito y sacramentado.
Nosotros nos quedamos con el Castelar er-
guído, filósofo y demoleedor; quédense con
el Castelar delirante por la fiebre; nosotros
nos quedamos con el Castelar enérgico de
los derechos individuales; quédense, en fin,
con el Castelar muerto; nosotros, como se
dijo cuando la muerte del gran Littré, nos
quedamos con el Castelar vivo.

El *Diario Oficial* de Guerra publicó el
mismo día en que enterraron á Castelar
dos decretos, fecha 25, en que se orde-
naba al capitán general de Castilla la
Nueva y Extremadura, que los alumnos
de la Academia de Infantería en Toledo
y los de la de Artillería en Segovia cu-
briesen la carrera que ha de seguir la

Biblioteca de «El Motín»

El dolor universal

POR

Sebastián Faure

Ilas y las chozas, los que gemís bajo el yugo del trabajo, todos
los que contempláis con ojos preñados de envidia á esos que,
colocados por encima de vosotros en la escala social, os pare-
ce que disfrutáis la felicidad que os esquivo, y comprobáis,
pobres desheredados, que no por más disimuladas dejan de ser
las llagas de esos dichosos tan horribles como las vuestras; que
por ser de naturaleza distinta su desdicha, en nada cede á la
que os abruma.

Comen á medida de su apetito, reposan lo suficiente, habi-
tando en un cuarto confortable, poseen un mobiliario bonito, van
bien vestidos, concurren al café, al teatro, al baile, á los esta-
blecimientos balnearios, van en coche que veo desfilan ante vos-
otros; pero abrid bien los ojos y repararéis que sufren tam-
bién, no del mismo modo ni por las mismas causas que vos-
otros, pero tal vez tanto, pues no existe patómetro y el hombre
es tan inepto para medir el dolor como el placer de los otros.

Mirad detras de esa vidriera aquel joven comerciante; levan-
tado desde muy temprano y habiéndose acostado tarde, pasa
el día en dar órdenes, en vigilar, en inspeccionar cuentas, en
servir á los marchantes, en buscar créditos, en prever fraca-
sos, en efectuar pagos, en hacer inventarios y balances.

Ha pasado cuanto tenía y hasta lo de su mujer, lo de sus

hijos en un pequeño negocio, y atormentado por el miedo de
inmovilizar gran parte de su capital aumentando el surtido;
dominado, no obstante, por la necesidad de tener en el alma-
cen con que satisfacer las exigencias de los marchantes y ha-
llagar sus caprichos; viviendo con la preocupación constante de
las malas ventas, de los descubiertos imprevisos, de las letras
durellas que hay que recoger, no tiene un solo día de tran-
quilidad.

No se aparta de un foso sino para sentar el pie en el borde
de un precipicio; sale de un vencimiento para entrar en otro,
y es mártir de los 15 y 30 de cada mes. La menor impruden-
cia, el retraso más pequeño pueden bastar para perderlo, anu-
lando su crédito, quitando todo valor á su firma, y si da el
vuelco, éste será saluado con las risas y aplausos de sus im-
placables competidores.

Dos espectros le visitan día y noche: la competencia y la
quiebra, precediendo la una á la otra, y la primera arrastran-
do tras sí forzosamente á la segunda. Y esta situación es tanto
más terrible cuanto que no podrá esquivar el lazo de la com-
petencia; hay que ingeniar para hacer algo mejor cada día,
algo más grande, más bello y menos caro; hay que luchar con-
tra el gran almacén que amenaza que le ladrón con llevarse la
clientela, y hay que defenderse á toda costa contra las usur-
paciones del alto comercio. Y presa de rabia sorda é impoten-
te, yéctase sus ojos, hinchase de ira su corazón y sus puños
cerrados se tienden amenazadores contra esos monstruos enor-
mes que se trepan todo lo que vive del comercio bajo, del al-
macén pequeño, de la tienda chica.

No tratan mejor á sus hombres las industrias mediana y pe-
queña; las exigencias son las mismas, la competencia igual-
mente desastrosa y no menos inevitable la ruina (1).

Los trabajos importantes, las adjudicaciones lucrativas, las
contratas á destajo, van infaliblemente á esas grandes fabri-

(1) Haré notar aquí que gran número de comerciantes é industriales que se
arruinan y se retiran del negocio, se libran de declararse en quiebra, y no ob-
stante, el número de quiebras y la importancia de los pasivos supuestos de modo
continuo. Ejemplo: en 1880, quiebras 2.619, pasivos: 138.194.000 francos; en 1887
quiebras: 4.126, pasivos: 228.190.701 francos.

cas, talleres y empresas que disponen de material poderoso y
perfeccionado, y de numeroso personal.

Puede la lucha ser más ó menos larga, pero el resultado no
es dudoso, y un gran pesar para el modesto patrón que ve per-
derse una á una todas sus ilusiones, elevación y prosperidad, y
asiste impotente á la pérdida de su bienestar, al derrumba-
miento de su fortuna, á esa ruina que mañana le obligará á
pedir ocupación á los afortunados rivales que han acelerado
su derrota.

Siempre que se alza una voz para estigmatizar la opulencia
escandalosa de unos cuantos é indignarse ante la miseria de
los más, los economistas de la escuela liberal creerían faltar á
su deber, si no objetaran que desde 1789 la tierra quitada á
la nobleza se repartió entre la población rural (1) y que, gra-
cias á su fraccionamiento, perteneció á muchos millones de in-
dividuos, cuyos medios de existencia constituyese.

Es del todo exacto que, relativamente, son muy numerosos
los que poseen alguna porción de tierra, pero quiere esto de-
cir que son felices el pequeño propietario, el que no tiene más
que un pedazo de tierra (2) y hasta el mismo que tiene más?

Gimiendo bajo el peso de los impuestos, abitado por las den-
dadas contrainas en los malos años, están por lo regular carga-
dos de hipotecas, y sus tierras sólo son suyas en el nombre;
viviendo con la preocupación constante de la helada, de la se-
quia, de las epidemias que se llevan ó comprometen la fruta,
la vid, la remolacha, la patata, el ganado, etc., mirando ma-
ñana y tarde al horizonte para buscar pronósticos, el labrador
en pequeño pasa la vida entre mortales angustias.

Hace dos años fué preciso pasar por la hipoteca, el año pa-
sado hubo que vender tirada la cosecha á uno de esos agentes

(1) Esa población se eleva (censo de 1886) á 17.628.000, de los que 9.211.000
forman la parte que vive del trabajo de los otros 7.787.000. Estos últimos com-
prenden 1.321.400 propietarios labradores, 1.994.000 arrendatarios ó colonos, y
5.791.600 jornaleros y bridas. (Fernand Maurie, *La France agricole et agraria*).

(2) Existen en Francia 4.467.300 propietarios, de los que 3.445.000 poseen
menos de diez hectáreas, ó sea 1/8 del suelo nacional. El segundo tercio parte-
nece á 388.000 individuos y el tercero á 73.700.
730.000 retienen de cincuenta millones de hectáreas, treinta millones, y no vi-
ven en sus tierras y colonias, é las alquilan. (Fernand Maurie, *La France agri-
cole et agraria*).

que, mostrando el dinero con la punta de sus garras, especulan
con la miseria de los campesinos y acaparan los productos de
una comarca entera. ¿Quién sabe á lo que habrá que recurrir
este año y lo que reserva el que viene?

¿Habrá que ver pasar á manos extrañas, girón á girón, des-
pedazada por la usura, recordada por los acreedores, esa tie-
rra que ha costado tanto adquirir, ese bien que han poseído
dos generaciones de la familia? ¡Qué desgracia, qué desdicha!
Esa tierra que tanto tiempo ha colmado de rudas caricias sus
manos trabajadoras, y ha regado con las lágrimas de su sudor,
esa tierra de la que ha hecho su querida, que ha fecundado
sin descanso para que dé buenos frutos, la verá, arrancada de
sus brazos, pasar á los del vecino ó del Señor de la ciudad.

Y será objeto de la curiosidad del país entero, que se frotará
las manos de gusto; y cuántos hayan sido sus rivales, propala-
rán que el otro es un imbécil y un torpe, su mujer una vani-
dosa y su hijo un derrochador.

¡Qué fatalidad!

IV

Clase elevada.

Surrintando de olivo natural, pero real. Felicidad imposible para la litera-
to, el artista, el sabio, el rico. Corazones triturados. Dolor en todos, la mis-
ma avría que abofa. Esquema universal.

Así, pues, servidumbre absoluta, salario insuficiente, pri-
vaciones, falta de trabajo, mendicidad, prostitución, muerte
por hambre, tal es el lote del proletariado. Mediocridad, in-
quietudes, angustias, rivalidades, quiebra, ruina, tal es el de
la clase media.

He aquí la vida en Francia, de lo menos 35 millones de in-
dividuos, entre 38 millones y medio de habitantes, y, sin exa-
gerar, la vida del 90 por ciento de las personas (1).

(1) En los países que se llaman florentinos, apenas hay un rico por cada cien
mil habitantes, y no hay una persona entre mil que disfrute de un bienestar de-
cente. (Borocio Say, *Discurso preliminar*, pag. 63.)
Dejemos la palabra á M. Thiers: «*Hay algunos ricos, pero su número número
algunas personas más acomodadas, pero pocas también; y un número infinito
que no tiene más que lo estrictamente necesario y muchos que ni aun eso tienen.*»
M. Thiers, en su *Discurso sobre la 3.ª República*, establece que en 1890
(Gentis uard).

procesión del Corpus el día 1.º de Junio.

No se necesitaba esto para saber que el jesuitismo domina en el gobierno; pero conviene hacerlo constar por haber coincido con su negativa a que se tributasen a Castelar honores militares.

HOMENAJE

Hoy que todos los amantes de la libertad vertemos una lágrima sincera sobre la tumba que guarda los restos del ilustre republicano, percibimos a través del dolor inmenso que nos tortura y de la orfandad tristísima que nos rodea, la satánica risa de la reacción, gozosa de ver apagada la luz de una inteligencia gigante que se preparaba a destruir con sus luminosos destellos las negruras de esa nube tormentosa que amenaza aniquilar nuestros sacrosantos ideales.

No es hoy día de lucha, es día de llanto. Lloremos, sí, ante la materia inerte animada ayer por las ideas más puras y las intenciones más nobles; dilatemus nuestros corazones oprimidos por el dolor, y juremos ante ese cadáver no abandonar a la excelsa matrona que fué su compañera inseparable.

José MOSQUERA CARTÓN

Vigo 26 Mayo 1899.

Arreglo eclesiástico

Tal era el título del folleto que, poco antes de la caída del gobierno liberal, dediqué a su ilustre jefe, persuadido entonces de que sólo él tendría valor suficiente para llevar en las actuales circunstancias a la práctica las reformas eclesiásticas en el folleto propuesto.

La inmediata sustitución de aquel Gabinete no permitió que se confirmara mi opinión ni que fuera rectificada.

Nadie podía sospechar que un Gobierno ultracorporal, del que forman parte Polavieja, Pidal y Durán y Bas, habría de poner sus manos en el «Sancta Sanctorum» del presupuesto eclesiástico; hasta creo que la prensa juzgó peligroso ocuparse del «Arreglo eclesiástico».

Hoy se habla sin rebozo de la denuncia del Concordato de 1851 y de castigar el presupuesto de culto y clero, acuerdos plausibles que no realizará este Gobierno, y bien quisiera equivocarme.

El *Correo Español* ha iniciado la discusión de estos proyectos, y a ella he de acudir forzado por mi calidad de iniciador de aquellas reformas.

Dice el periódico carlista: «que suponiendo, que sólo las capitales de provincias conserven su obispado y que no se proceda a la creación de ninguno en aquellas en que hoy no existe, se suprimirían 15 obispos. Y que la economía total sólo ascendería a 2.813.000 pesetas.»

Padecemos, en ambos extremos, error lamentable el órgano de la facción.

Hay no 15, sino 22 obispos, cuya silla no está en capital de provincia alguna, los cuales obispos, con el número de curatos de que constan, son los siguientes:

Diócesis	Curatos
1 Calahorra.....	336
2 Osmá.....	349
3 Guadix.....	64
4 Santiago.....	749
5 Mondoñedo.....	877
6 Tuy.....	276
7 Las Palmas (Canarias).....	42
8 Solsona.....	139
9 Urgel.....	389
10 Tortosa.....	159
11 Vich.....	248
12 Coria.....	124
13 Plasencia.....	260
14 Sigüenza.....	394
15 Menorca (Ibiza).....	14
16 Orihuela.....	60
17 Segorbe.....	65
18 Astorga.....	582
19 Ciudad Rodrigo.....	105
20 Jaca.....	70
21 Tarazona.....	138
22 Barbastro.....	154

Y como el presupuesto medio de cada catedral se eleva próximamente a 300.000 pesetas anuales, si se llevara a cabo este disparatado arreglo, la economía había de elevarse a 6.800.000 pesetas, el duplo de lo calculado por *El Correo Español*.

Pero no; las provincias no pueden ser base de este arreglo, ya porque también esta división territorial está pidiendo reforma, ya por los fines distintos del Gobierno civil y el eclesiástico.

Si prevaleciese el arreglo que inicia nuestro estimado colega, se suprimirían, v. g.

Diócesis	Curatos
Astorga, con.....	582
Mondoñedo, ».....	877
Santiago, ».....	749
porque sus capitalidades no concuerdan con las de provincia alguna, y se conservarían:	
Almería, con.....	62
Cádiz, ».....	26
Ordenes Militares (Ciudad Real).....	50
Mallorca, ».....	56
Valledolid, ».....	95
Teruel, ».....	96

y otros nueve que apenas, tienen 150 curatos cada uno.

El arreglo eclesiástico ha de tener por base la densidad de población y se ha de estudiar con entera independencia de la tradición, porque si no jamás se hará nada útil ni provechoso.

Ha de concurrir, por consiguiente, a este arreglo el Instituto Geográfico y Estadístico, si los cálculos han de apoyarse en datos seguros; y es preciso que se oiga la opinión de una comisión mixta, si no ha de reinar aquí eternamente el señor «don Juan Palomo».

Por desgracia escasean los aficionados a esta clase de estudios estadístico-religiosos; pero los hay, y es preciso asociarlos a esta obra, no resulte lo de siempre; que seamos víctimas propiciatorias de extrañas conveniencias.

La Iglesia aquí debe ser la primera interesada en normalizar su vida económica, en relación con el estado de la Hacienda Nacional, y en adquirir las mayores facilidades para el mejor éxito de su elevada misión, porque Prelados y párrocos, clero y fieles convienen en que no es el orden lo que más brilla en la administración eclesiástica.

MARCELINO MENÉNDEZ HURTADO
Canónigo Lateranense

La firma de este interesante artículo, que tomamos de *Los Noticias* de Barcelona, nos escusa manifestar que su autor lo es del folleto del mismo título, que hemos con tanta justicia elogiado.

El *Canónigo Lateranense* no se duerme en las pajas; por lo pronto ha puesto el mingo sobre la mesa de redacción de *El Correo Español*.

A nosotros nos parece, dicho sea sin segunda, que en esto del arreglo eclesiástico, como en otras muchas cosas, el órgano de don Carlos no sabe lo que se *chapa*.

AGRADECIMIENTO

Los republicanos de Cullera me han honrado encargándome que los representara en el entierro de Castelar, entregando de su parte una corona con esta dedicatoria: AL REPUBLICANO CASTELAR, los republicanos de Cullera.

He cumplido su encargo y les agradezco la atención que conmigo han tenido.

José NAKENS

Un Pedro Gil García ha publicado en Cartagena un folleto titulado *Educación ¿qué es?* y siendo él presbítero y además estulto, escusado es añadir que sólo admite la educación religiosa.

Como suelta lo único que puede, rebuznos, contra las escuelas laicas, nuestro querido amigo Constanancio Romeo, director del colegio laico Fróebel, le ha invitado por medio de la prensa a sostener en público sus afirmaciones.

Tiempo perdido, porque los clérigos no discuten. Y hacen bien, desde su punto de vista. ¿Dónde estarían ya, si frente a frente de los que no piensan como ellos, lanzasen las tonterías que disparan desde el púlpito, donde nadie puede irles a la mano?

A quien hay que convencer, amigo Romeo, no es a ellos ni a los imbéciles que los siguen y a los peines que los aplauden; es a los nuestros, a los liberales, a los demócratas, a los republicanos que les hacen el juego. Ellos están en el secreto y se rien a sus solas de lo estúpida que es la humanidad.

La verdad se impone

Hablando del Escorial, dice *La Reforma*:

«¿Qué nido más abrumador el nido de San Lorenzo!... ¡Frailes, frailes hacinados como lujuria presa, vosotros los que allí habitáis sois la más fatídica representación de lo retrospectivo! ¡En vosotros se ve la Inquisición, se ve al régio criminal de la Santa Religión santificando el asesinato al suplicio de las llamas! Conserváis, templarios de la muerte, hasta las roñosas banquetas que le servían de ajuar al rey postrado; ¡hasta a los gusanos que roían su pierna los contenidos en vitrinas de oro y cristal de roca, como si fuesen reliquias!... Lugar funesto.»

Si los monárquicos y católicos se ven ya obligados a emplear este lenguaje, ¿quién extrañará que yo, impío sin barruntos de arrepentimiento (¡a Dios gracias) desee ver fuera de mi patria, no sólo a los frailes del Escorial, sino a todos los que la explotan, la saquean y la empobrecen?

Y si los curas comprendieran sus verdaderos intereses ¿de qué modo y con qué celo me ayudarían en esta moral, higiénica y económica tarea!

Si lo hicieran, yo, en agradecimiento, cerraría los ojos ante sus flaquezas humanas, y únicamente los fustigaría cuando cometiesen faltas ó delitos ajenos al voto de castidad.

Avísenme si les acomoda el trato.

CUENTOS DE LOCOS

LOS ACÉFALOS

Allí estaba, en la huerta del manicomio, el sabio que fué asombro del poder y gloria de España, y a quien un poderoso, para eludir el pago de una deuda, llevó a la cárcel pretextando la seguridad del Estado. Hallándose preso perdió don Manuel a su esposa, a su hija y a su hermano, el célebre ingeniero, y se le fué la razón, como él decía. Me acerqué a don Manuel, que estaba sentado en un banco, y le pregunté:

—¿Sabe usted quién soy?
—Hace un cuarto de hora que le estoy sintiendo a usted, amigo Lanza.
—¿Y cómo?
—Porque me está usted transmitiendo su pensamiento.
—Pero ¿no me ve usted?
—¿Si no tengo cabeza?
—De qué color es mi ropa?
—Eso lo sé porque usted piensa en ello, y me lo transmite.
—Pero ¿usted cree de veras en esas transmisiones?

—Como que el lenguaje desaparecerá en cuanto progrese la especie humana.
—Pues usted está hablando.
—Eso se le figura a usted, pero es un reflejo: usted recibe mi pensamiento, y cree que ha oído mis palabras.

—¿Y usted no oye las mías?
—No necesito oírlas para saber lo que usted piensa.
—Pero ¿cómo oye usted los ruidos que no representan ideas?

—Porque he llegado a una sensibilidad tan exquisita que las vibraciones del aire dan a mi columna vertebral la impresión exacta del sonido.

—¿De modo que usted discurre con la columna vertebral?

—No, señor... lo que ocurre es que la columna vertebral sustituye al cerebro, como el duodeno sustituye al estómago; por eso las quirúrgicas extirpaciones del estómago parecen asombrosas y no tienen nada de particular.

—Conque persiste usted en que no tiene cabeza?

—¿Ya lo creo!

—Pues voy a convencerle a usted de su error. ¿No se palpa usted la cabeza con las manos?

—Se me figura, pero también es un reflejo; como se cree poseer viva la pierna que ha sido amputada.

—Pero, ¿diantre! ¿no discurre usted? Pues eso prueba que tiene usted cabeza.

—Mentira! dijo el loco levantándose súbitamente. Cuando se tiene cabeza no se tiene cólera, como yo la tengo en este instante. Al cerebro llegan las impresiones para transformarse por medio del raciocinio en la idea sutil y exquisita con que avanza el hombre un paso más en el camino de su redención. Yo introduzco los alimentos por esta fenda de mi faringe; digiero y me nutro, y conservo la vida de relación: sólo busco el deleite de mi cuerpo, y si lo sacrificio alguna vez, es porque espero la recompensa de deleites mayores. Si no me complacen en mis caprichos me desespero y me vengo: si me miman me aprovecho y olvido. Cuando...

—Pero eso lo hacen casi todos los humanos; desde el magnate que mata en nombre del orden hasta el anarquista que asesina en nombre de la libertad.

—¡Acéfalos! dijo don Manuel, y se marchó irritado.

SILVERIO LANZA.

Ha demostrado *El País* en un erudito y razonado artículo, que el señor Cos y Macho, obispo de Madrid, se titula arzobispo sin derecho a ello, y lo que es más grave, que firma sus escritos como senador del reino, sin serlo.

Creo que todo esto cae dentro del Código penal, como el que Torres Asensio, siendo provisor, informase en estrados de esta Audiencia sin ser abogado.

Prescindiendo del Código, que no se aplica hoy a la gente de Iglesia, hay razón sobrada para exclamar: ¡Qué alán de vanidades mundanas en los humildes ministros del señor! Es tan grande, que no se detiene ni ante la infracción pública del octavo mandamiento.

¡Y la gracia que me hace a mí todo esto! Así me la hiciera lo mismo el ver que no dejan en paz una moneda en el bolsillo de los fieles.

Porque esto es lo verdaderamente desconsolador para el porvenir de España. Lo demás ¡bah! Si al obispo le basta mi autorización, desde hoy se le conceda para que se titule, no solo arzobispo, sino cardenal, Papa, archipámpano, Preste Juan de las Indias.

Y si quiere enviarme un regalo por la autorización, siempre que no sea de indulgencias ó gracias similares, ya sabe dónde está la redacción: Ruiz, 4, bajo.

El gobierno, por no encontrar «precedentes», no ha mandado, dice, tributar honores militares al cadáver de Castelar. No es cierto, porque los hay: a Martínez de la Rosa y a Ríos Rosas se le tributaron.

Esta manía de los «precedentes» fué hace algún tiempo ridiculizada, con la gracia que acostumbró, por Manuel del Palacio; y no me ha parecido fuera de propósito reproducir aquí el cuento que a este propósito escribí:

Los precedentes

CUENTO

Ya que censuras recientes, a las cuales soy ageno, han demostrado a las gentes que aquí todo lo que es bueno carece de precedentes, un lance os voy a contar ocurrido en Inglaterra, con el que espero probar que no sólo en nuestra tierra se busca sin encontrar.

Subió una vez al poder no sé qué opulento lord, y como era su deber, extendió el gran canciller el decreto de rigor.

Por si algo enmendarse debía se lo leyó de un resuello, preparó laere y bugía a fin de ponerle el sello... Y el sello no parecía.

De tal conflicto delante revolvió el hombre aturrido mesa, pupitre y estante ¡jamás en el Reino Unido pasó nada semejante!

A escribientes y porteros un tras otro llamó; volcaronse los tinteros, los cajones, los sombreros... El sello no parecía.

Fué por tanto necesario dar aviso al secretario, al Supremo Tribunal, al cuerpo parlamentario y a la corte celestial.

Desde un viernes hasta un lunes registraron los *Comunes*... su archivo, como los lores; todo en vano; los autores del delito siempre impunes.

¿Qué hacer en tal situación? Los sabios más eminentes resolvieron la cuestión:

nombrar una comisión que buscara precedentes.

Y ésta, después de inquirir y revolver y escribir de lo ageno y de lo propio, presentó el dato que copio por lo que pueda servir:

«Año de mil y seiscientos ochenta y seis; quinto día de Marzo; lluvias y vientos; sustracción de documentos en la Gran Cancillería.

Perdióse el sello también, y el rey Jacobo, anhelante, dándose un golpe en la sien gritó:—¿Se ha perdido? ¡Y bien! que hagan otro en el instante.»

Lo mismo en esta ocasión que en muchas de las presentes, valen más en mi opinión el juicio y la reflexión que todos los precedentes.

MANUEL DEL PALACIO

La Iglesia se nos come

Copio de una carta de Roma:

«Puede calcularse, por término medio, en 50.000 francos por cada mil peregrinos, las sumas que las peregrinaciones entregan al Papa.

En la última peregrinación española del marqués de Comillas, las señoras de Madrid trajeron cien mil pesetas, y doscientas mil las que representaban las provincias de España.

No hay un prelado que en su visita a Roma no deje sobre cien mil francos de lo recaudado en su diócesis.

Nadie sale de una audiencia sin haber entregado antes, bajo un sobre, a Su Santidad la suma que se le regala, suma que nunca baja de 2.000 francos, y que aumenta en proporción de la fortuna, gerarquía, cargo ó comisión del visitante.

Añádease a estos ingresos el importe de las bulas, permisos, indulgencias, reliquias, dispensas, bendiciones de todas clases, hasta para la hora de la muerte, (a 1,50 y 200 liras), etc. porque aquí todo se vende, y podrá figurarse el lector el río de oro que entra anualmente en el Vaticano.

Desde que (hace seis y siete años), un monseñor encargado de guardar los fondos los guardó tan bien, que se escapó con siete millones de liras, (el que quiera más detalles los hallará en la prensa de aquel tiempo), Su Santidad los maneja en persona y los encierra en la Caja que tiene en su cuarto.

Si la cuestión de ochavos no fuese la primera en la Iglesia, todos los esfuerzos de la impedida serían inútiles para contrarrestar su poder.

Pero mientras puedan darse a diario noticias como la anterior, la Iglesia tiene que ser discutida, y de la discusión salir condenada.

Ha comenzado a publicarse en Bilbao un periódico republicano titulado *La Democracia*, que con virilidad y energía defiende nuestros ideales.

Falta hacían en aquel nido del jesuitismo un periódico de esa clase. Saludo a sus redactores y ofrezco enviarles en breve unos renglones.

Precursores y Mesías

Impugnando la errónea afirmación que acaba de hacer un editorial de *El Heraldo de Madrid*, en que aparece Pablo Iglesias investido del muy envidiable honor de precursor y maestro del socialismo en nuestra patria, diré que los primeros Bautistas de esa varonil protesta aquí y en Europa, después de la época romana, fueron ¡asombros! los míseros ascendientes de esos parias segadores que muy pronto irán en busca de un mendrugo y un miserable jornal a nuestras centrales y desoladas llanuras, y que en 773 se hubieron de alzar en armas con tan formidable empuje contra sus viles señores en esas célebres montañas del Cebrero, a quien un historiador oportunamente llama el Aventino gallego, que tuvo que bajar de Asturias un ejército en regla, al mando del propio rey, para meter en cintura a sus promovedores, lo que no logró por la fuerza sino por la astucia; a éstos siguen los memorables legisladores de Cádiz, que en 8 de Junio de 1823 decretaron la libertad del trabajo, dando al traste con esos muy carcas gremios que hoy pretenden regalarnos esas muy sublimes Cámaras, hazmeir incomparable, y el Gobierno que en 6 de Diciembre de 1836 puso en vigor ese glorioso decreto; precursores fueron Sixto Cámara, Ordax Ayecilla, y Pérez del Alamo; y mesas aquel Fernando Garrido, que hubo de fundar el 47 *La organización del Trabajo*, periódico consagrado a sustentar calurosamente la teoría societaria de Carlos Fourier, arrojando a la luz en seguida *El Eco de la Juventud* y *La Asociación*, en que perseveró por manera tan insistente como entusiasta el socialista apostolado, hasta que la muerte violenta de ambos periódicos lo hizo cesar, publicando el célebre folleto *Defensa del socialismo* (que le valió catorce meses de cárcel y el extrañamiento) dando a la estampa el año 70 su *Historia de las clases trabajadoras* y creando el 71 el periódico *La Revolución Social*.

J. DE LA HERMIDA

Impugnando la errónea afirmación que acaba de hacer un editorial de *El Heraldo de Madrid*, en que aparece Pablo Iglesias investido del muy envidiable honor de precursor y maestro del socialismo en nuestra patria, diré que los primeros Bautistas de esa varonil protesta aquí y en Europa, después de la época romana, fueron ¡asombros! los míseros ascendientes de esos parias segadores que muy pronto irán en busca de un mendrugo y un miserable jornal a nuestras centrales y desoladas llanuras, y que en 773 se hubieron de alzar en armas con tan formidable empuje contra sus viles señores en esas célebres montañas del Cebrero, a quien un historiador oportunamente llama el Aventino gallego, que tuvo que bajar de Asturias un ejército en regla, al mando del propio rey, para meter en cintura a sus promovedores, lo que no logró por la fuerza sino por la astucia; a éstos siguen los memorables legisladores de Cádiz, que en 8 de Junio de 1823 decretaron la libertad del trabajo, dando al traste con esos muy carcas gremios que hoy pretenden regalarnos esas muy sublimes Cámaras, hazmeir incomparable, y el Gobierno que en 6 de Diciembre de 1836 puso en vigor ese glorioso decreto; precursores fueron Sixto Cámara, Ordax Ayecilla, y Pérez del Alamo; y mesas aquel Fernando Garrido, que hubo de fundar el 47 *La organización del Trabajo*, periódico consagrado a sustentar calurosamente la teoría societaria de Carlos Fourier, arrojando a la luz en seguida *El Eco de la Juventud* y *La Asociación*, en que perseveró por manera tan insistente como entusiasta el socialista apostolado, hasta que la muerte violenta de ambos periódicos lo hizo cesar, publicando el célebre folleto *Defensa del socialismo* (que le valió catorce meses de cárcel y el extrañamiento) dando a la estampa el año 70 su *Historia de las clases trabajadoras* y creando el 71 el periódico *La Revolución Social*.

J. DE LA HERMIDA

Impugnando la errónea afirmación que acaba de hacer un editorial de *El Heraldo de Madrid*, en que aparece Pablo Iglesias investido del muy envidiable honor de precursor y maestro del socialismo en nuestra patria, diré que los primeros Bautistas de esa varonil protesta aquí y en Europa, después de la época romana, fueron ¡asombros! los míseros ascendientes de esos parias segadores que muy pronto irán en busca de un mendrugo y un miserable jornal a nuestras centrales y desoladas llanuras, y que en 773 se hubieron de alzar en armas con tan formidable empuje contra sus viles señores en esas célebres montañas del Cebrero, a quien un historiador oportunamente llama el Aventino gallego, que tuvo que bajar de Asturias un ejército en regla, al mando del propio rey, para meter en cintura a sus promovedores, lo que no logró por la fuerza sino por la astucia; a éstos siguen los memorables legisladores de Cádiz, que en 8 de Junio de 1823 decretaron la libertad del trabajo, dando al traste con esos muy carcas gremios que hoy pretenden regalarnos esas muy sublimes Cámaras, hazmeir incomparable, y el Gobierno que en 6 de Diciembre de 1836 puso en vigor ese glorioso decreto; precursores fueron Sixto Cámara, Ordax Ayecilla, y Pérez del Alamo; y mesas aquel Fernando Garrido, que hubo de fundar el 47 *La organización del Trabajo*, periódico consagrado a sustentar calurosamente la teoría societaria de Carlos Fourier, arrojando a la luz en seguida *El Eco de la Juventud* y *La Asociación*, en que perseveró por manera tan insistente como entusiasta el socialista apostolado, hasta que la muerte violenta de ambos periódicos lo hizo cesar, publicando el célebre folleto *Defensa del socialismo* (que le valió catorce meses de cárcel y el extrañamiento) dando a la estampa el año 70 su *Historia de las clases trabajadoras* y creando el 71 el periódico *La Revolución Social*.

J. DE LA HERMIDA

Murmillos barceloneses

A *El Motín* me dirijo para poner de relieve el desbarajuste que so capa de «moralización», «regeneración» ó lo que sea, encubre las aviesas intenciones de los que, sin vestir el nauseabundo traje de los Campaças, obran mil veces peor que éstos, otorgándoles una protección que no saben

ni quieren dar a la industria y a la agricultura, de la cual viven esos parásitos.

En la tierra del clásico Montjuich tenemos una Diputación provincial que hace a pluma y a pelo en estos casos. Aquí, el pueblo, como en el resto de España, está moriendo de hambre por falta de trabajo, pero lo que es las asociaciones y comunidades religiosas no hay peligro de que sin producir les pase dos cuartos de lo mismo. La Diputación provincial, providencia del parasitismo religioso, y aun no religioso también, las tiene y mantiene bajo su amparo. La caridad, esta tapadera de la llaga bíblica, es el pretexto de que se valen diputados y concejales para hacer el caldo gordo a los panzudos que engordaron con la mística bazofia que... reparten a los pobres. Amén de los mil y un donativos y subvenciones acordadas en épocas anteriores, acaba de acordar la Diputación las siguientes: Asilo del Carmen, de Hortafranchs, 1.000 pesetas; Hospital del Niño Jesús, 500, y a la sociedad Económica de Amigos del País, 1.250.

¡Que esto alivia la miseria! Mentira, trapacería. Mejor sería no hacer a los pobres. Esto alivia a unos cuantos caballeros particulares, a unos cuantos curas y monjas que de «eso» de la caridad viven, y en último término a cuatro tiscuchos vueltos tales a fuerza de beaterías. La miseria real revienta en sus tugurios. A lo sumo, caen algunas migajas en la boca que se aviene a «mascular oraciones boticas. Es inútil hacer la historia de todos los que, por ímpulsos, salen despedidos antes de ser curados de tales establecimientos. Sería cuento de nunca acabar.

Pasemos al municipio. Nuestro alcalde de real orden también quiere echárselas de regenerador y nos va a salir un ídem de guardaparador. Metiéndose entre ceja y ceja una economía de dos millones de pesetas, y para conseguirla en el próximo ejercicio económico, suprime, amén del chocolate del loro de los empleados sin recomendación—como si lo viéramos—la escuela municipal de música y las de artes y oficios de Gracia y San Martín. Que el alcalde rebajara, suprimiera y aun rajara de la nómina de personal todos aquellos sueldos y empleados que para nada sirven, santo y bueno: son defensores de un «estatu quo» económico que nos aplasta, y todo esto saldríamos ganando. ¡Pero suprimir escuelas que, bien ó mal dirigidas (más mal que bien), tienen alguna utilidad, no lo comprendo. ¿A que no es capaz el «realismo» alcalde de dejar al cabildo catedral sin la anual subvención para la procesión del Corpus? Ya corren rumores de que no la suprima, como tathpoco dejará de suministrar el agua gratis a ciertos conventillos de esposas del señor... de los católicos; y así por el estilo.

En cambio de esta supresión de escuelas y de otros empleados, a los que se les limpia la pesetera oficial, se aumenta la consignación destinada a beneficencia domiciliaria en 200.000 pesetas. ¡Siempre la caridad, nunca la realización de obras públicas de alguna utilidad que pudieran ahorrarnos al mendiglo! Pero se explica fácilmente: la beneficencia domiciliaria alivia también a unos cuantos caballeros particulares encargados de administrarla, como se demostró superabundantemente tiempo hace con algunas filtraciones—¡probo, no?—que se descubrieron; como permite también a los curas de las parroquias meter las «aperizadas» narizotas donde no debiera permitirseles meterlas en forma de certificados de pobreza y de buena conducta, extendidos solamente a favor de los hipócritas que comulgan para atrapar bonos, en su mayoría beatas, sacristanes y gentes del incienso, que de la miseria sólo conocen la mitad. Aquí también la verdadera miseria revienta silenciosamente en sus tugurios. La otra la alivian alcaldes de barrio al servicio indirecto del párroco. Conocemos esta trapacería.

Y la prueba de que estas «pequeñeces» existen, disfrutándose como se quieren y cubriéndose con el expediente que se quiera, la tenemos en el hecho de que la liberal Barcelona está plagada de conventillos, conventillos y conventillos, de cuyo seno salen todos los días pordioseros ejercitados de tocas y sayales de todos colores y formas, lo cual prueba también que Barcelona no es tan liberal como la fama supone, pues, de serlo, no permitiría tanta inmundicia. La prueba del apoyo oficial salta a la vista al ver cómo medran y prosperan todos estos parásitos, pues no siempre las misas salen de los particulares ricachones y de los bobos del ochavo, amén de aquel otro apoyo moral oficial tan eficaz y de pingües resultados para la religión de nuestros mayores... ¡imbéciles!

Nuestras clases directoras y poseedoras se han empeñado en traer otro 35. Que no quede por nosotros. Y al decir nosotros, involucro a los anticlericales que no somos republicanos, a los que no nos contentamos con la simple e inútil separación de la iglesia del Estado, sino que apuntamos más alto. No queremos caridad; queremos la igualdad económica. La limosna, mirese como se quiera, degrada tanto al que la hace como al que la recibe, pues significa, que de hecho, el derecho a la vida no existe para los más ya que están a merced del mayor ó menor grado de altruismo de los menos. Si la pobreza es la esclavitud, la riqueza ha de ser forzosamente tiranía económica. Caridad, no es solidaridad. Solidaridad es aquel apoyo mutuo que no distingue de aptitudes ni crea diferencias sociales económicas como la caridad.

Y al Estado, a la Diputación y al Municipio, que tan mal interpretan las leyes del apoyo mutuo, el factor de la evolución progresiva del reino animal, digamos: «Ni nos convence vuestra caridad, ni nos conformamos con nuestra pobreza. Queremos ser libres, iguales; potencialmente somos sabios; queremos, pues, tener los medios de desarrollar nuestros cerebros hasta el grado que cada uno pueda alcanzar. Y lo queremos integralmente, y para todos.

URANIA

18 Mayo del 99.

Barbaros al fin

¡Si serán brutos los chinos! ¿Pues no acaban de publicar un decreto permitiendo el ejercicio de la religión católica en todo el imperio, dictando además medidas de protección para los católicos? ¡Cómo se conoce que no están civilizados! Que vengan, que vengan a España, soliciten establecer un templo a Buda, y del primer sofión que reciben...

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

Al verse desterrado en extranjero suelo, ¿cómo Fernando algo que revelase en él la majestad de un monarca? Todo lo contrario; dió rienda más suelta aún a sus malas pasiones y a sus vicios groseros; fue más indigno aún que en España.

Aventuras amorosas en que nunca se vio al caballero y sí al rufián; degradaciones inconcebibles con mujeres que le regalaban las enfermedades vergonzosas que más tarde pudrían su sangre, mientras su hermano el imbécil Carlos rezaba y dormía, el bestia de su tío Antonio tenía la zampa, trabajaba en el torno y vigilaba para que sus sobrinos no entraran en la biblioteca a envenenarse. La demencia que le acompañaba hacia lo posible por enlutar el nombre español.

Si, el hijo de Carlos IV vivía en Valencey, además de como he dicho, sin dignidad para soportar el infortunio, degradándose con la lisonja, congratulándose por el triunfo de las armas imperiales y escarneciendo la sangre que por su causa se derramaba en España. El culpable de aquella guerra y cuyo nombre servía de bandera a los españoles, felicitaba a Napoleón por las victorias que obtenía en España. ¡El primer sarcasmo de la Historia!

Véanse unos párrafos de la carta que el 22 de Junio de 1808 escribió a Napoleón:

«Doy muy sinceramente, en mi nombre y de mi hermano y tío, a V. M. I. la enhorabuena de la satisfacción de ver instalado a su querido hermano en el trono de España.

«Habiendo sido objeto de todos nuestros deseos la felicidad de la generosa nación que habita su vasto territorio, no podemos ver a la cabeza de ella un monarca más digno, ni más propio por sus virtudes para asegurársela, ni dejar de participar al mismo tiempo del grande consuelo que nos da esta circunstancia. Deseamos el honor de profesar amistad con S. M., y este afecto nos ha dictado la carta adjunta que me atrevo a incluir, rogando a V. M. I. que, después de leída, se digna presentarla a S. M. C. Una mediación tan respetable nos asegura que será recibida con la cordialidad que deseamos. Sire: Perdonad una libertad que nos tomamos, por la confianza sin límites que V. M. I. nos ha inspirado. Y con la seguridad de nuestro afecto y respeto, permitid que yo le renueve los más sinceros é invariables sentimientos, con los cuales tengo el honor de ser, Sire, de V. M. I. y R. su muy humilde y muy obediente servidor.—Fernando.»

No se concibe bajeza semejante. Verdaderamente si España no hubiera luchado como luchó por su propia dignidad, si tan solo por un principio de la raza, se hubiera lanzado a la guerra, merecía que su heroísmo se llamara el heroísmo sin conciencia de los imbéciles.

Párrafos de otras cartas:

«Señor: El placer que he tenido viendo en los papeles públicos las victorias con que la providencia corona de nuevo la augusta frente de V. M. I. y R. y el gran interés que tomamos, mi hermano don Carlos, el pretendiente de 1833, mi tío y yo en la satisfacción de V. M. I. y R. nos estimulan a felicitarle con el respeto, el amor, la sinceridad y el reconocimiento. Valencey 6 Agosto de 1809.

«Me atrevo a recordar a V. M. I. y R. que mi deseo más ardiente, el que me ocupa sin cesar, es el obtener permiso para pasar a París, para ser testigo del matrimonio de V. M. I. y R. ? Tan bondad excitará mi eterno reconocimiento, y servirá para probar a toda Europa el amor sincero que profeso a vuestra augusta persona y que permanece y permanecerá siempre fielmente adicto a V. M. I. y R.»

«Espero conseguir, como una prueba especial de bondad el permiso de trasladarme a París, para asistir a la augusta ceremonia del matrimonio de mi padre, mi protector y mi soberano.

«Esta gracia servirá para dar a conocer la sinceridad de mi conducta, para confirmar la buena opinión de que deseo gozar con V. M. I. y R. y para confundir a sus enemigos. Valencey 21 Marzo de 1810.»

Queriendo sin duda que los españoles conociesen a su ídolo, Napoleón mandó publicar en *El Monitor* en el año 1810 las cartas que le había escrito Fernando. Este aprovechó la ocasión para ostentar su cariño al monarca de Francia y el 3 de Mayo de 1810, le escribió esta carta:

«Señor: las cartas publicadas últimamente en el *Monitor* han dado a conocer al mundo entero los sentimientos de perfecto amor de que estoy penetrado a favor de V. M. I. y R. y al propio tiempo mi deseo de ser vuestro hijo adoptivo. La publicidad que V. M. I. y R. se ha dignado dar a mis cartas me hace confiar que no desaprovecha mis sentimientos ni el deseo que he mostrado, y esta esperanza me colma de gozo.»

«Que V. M. I. y R. se dignen unir mi destino al de una princesa francesa de su elección y cumplirá el más ardiente de mis votos.

«Me atrevo a añadir que esta unión y la publicidad de mi dicha, que dará a conocer a la Europa si V. M. me lo permite, ... quitará a un pueblo ciego y furioso el pretexto de continuar cubriendo de sangre su patria en nombre de un príncipe, el primogénito de su antigua dinastía, que se ha convertido por un tratado solemne, por su propia elección, y por la más gloriosa de todas las adopciones, en príncipe francés é hijo de V. M. I. y R.»

A Napoleón mismo le daba asco aquella conducta: hablando de ella dijo más tarde en el *Diario de Santa Elena*:

«No cesaba Fernando de pedirme una esposa de mi elección: me escribía espontáneamente para complacerme siempre que yo conseguía alguna victoria; expidió proclamas a los españoles para que se sometiesen, y reconoció a José, lo que quizá se consideraría hijo de la fuerza, sin serlo; pero, además, me pidió la gran banda, me ofreció a su hermano don Carlos para mandar los regimientos españoles que iban a Rusia, cosas todas que de ningún modo tenía precisión de hacer; en fin, me instó vivamente para que le dejase ir a mi corte de París; y si yo no me presté a un espectáculo que hubiera llamado la atención de Europa, probando de esta manera toda la estabilidad de mi poder, fué porque la gravedad de las circunstancias me llamaba fuera del imperio, y mis frecuentes ausencias de la capital no me proporcionaron una ocasión.»

Realmente era asqueroso todo aquello, porque yo creo que cuando daba tales muestras de adhesión a Napoleón, Fernando era sincero: sin duda le iba muy bien bajo la protección francesa. Y me fundo en que, cuando un emisario de Inglaterra, entonces nuestra aliada, fué a proponerle la fuga, se apresuró a delatarse, poniéndolo a disposición de los franceses con todos los documentos que llevaba. Y al hacerlo, decía en carta fechada el 6 de Abril al gobernador del castillo de Valencey:

«Deseo vivamente informaros por mi mismo... y tener esta ocasión de manifestar de nuevo mi invariable fidelidad al emperador Napoleón, y el horror que siento a este infernal proyecto, cu-

vos autores deseo que sean castigados como merecen.» (*Monitor* de París, tomo I, pág. 111.)

Al dar cuenta de este hecho, el gobernador de Valencey decía al ministro:

«Debo aprovechar esta ocasión para repetir lo que ya he tenido el honor de manifestarle: que el príncipe Fernando está animado del mejor espíritu. Un profundo reconocimiento, un deseo y una esperanza de ser declarado hijo adoptivo de S. M. I. son los sentimientos que llenan el corazón de S. A.

Pero como se había pesado el publicar todas las pruebas de abyección del monstruo a quien los españoles llamaban el Deseado y en cuyo nombre se batían desesperada y heroicamente, pondré fin a estas copias reproduciendo el brindis que pronunció en un banquete dado en Valencey, por iniciativa suya, para celebrar la boda de Napoleón:

«A NUESTROS AUGUSTOS SOBERANOS el grande Napoleón y María Luisa, su augusta esposa.»

Supongo que no habrá quien sospeche que puede llegarse a más.

Las Cortes de Cádiz echaban en tanto los cimientos del régimen liberal: abolieron la Inquisición, limitando el número de conventos y cerrando la puerta a la creación de otros, suprimieron los mayorazgos, estableciendo el Jurado para delitos de imprenta, arreglando el clero y los diezmos, poniendo un dique a los señores, dando una ley constitutiva del ejército, planteando la división política y militar, redactando un Código penal y adoptando medidas importantes relativas a la Hacienda, pacificación de América, aranceles y aduanas, resguardo marítimo y armada naval etcétera.

Los Regentes no vieron con gusto estas innovaciones, pero se estrellaron ante la firmeza del Congreso, y entonces empezó a dar muestras de vida el bando absolutista, auxiliado por la mayor parte de los obispos y el clero, que publicaron pastorales contra las nuevas leyes, injuriándose también el Nuncio en la contienda. Las Cortes suspendieron la Regencia y mandaron salir al Nuncio de Madrid.

Del lado de este partido se inclinó Fernando VII y envió agentes secretos para que fuesen prestando a los españoles contra la Constitución. Enterado el gobierno, mandó prender a estos agentes, pero ante el temor de ver comprometida la magestad por sus declaraciones, suspendió los procedimientos.

Los jefes del partido absolutista se trasladaron a Madrid, y el diputado López Reina, uno de los muchos que habían logrado el acta merced a la influencia del clero, comenzó un discurso en esta forma:

«Cuando nació el Sr. D. Fernando VII, nació con un derecho a la absoluta soberanía de la nación española; cuando por abdicación del señor don Carlos IV obtuvo la corona, quedó en propiedad del ejercicio absoluto de rey y señor. Luego que restituido el señor don Fernando VII a la nación española, volvió a ocupar el trono, indispensable es que siga ejerciendo la soberanía absoluta desde el momento que pise la raya.»

Estas palabras, contrarias al decreto de las Cortes, que no consideraba válido ningún acto del rey mientras no jurase la Constitución, motivaron la expulsión de López Reina del recinto de las Cortes. El golpe había salido de los conciliabulos de los realistas, que se reunían secretamente en la calle de Jacometrezo, en la casa del obispo de Urgel.

(Continuad.)

Trágala a los bilbainos

Los carlistas y los jesuitas de Bilbao tenían hace tiempo proyectada la construcción de un convento fortaleza que completase el plan que se trazaron al construir el de los Carmelitas, la Universidad, etc., y el día 3 del pasado inauguraron las obras del convento é iglesia que van a levantar en el ángulo de prolongación de la Alameda de Mazarredo las monjas de la Esperanza.

Hará unos siete años que estas renombradas sablaciastas llegaron a Bilbao, y ya están en condiciones de gastarse unos millones en ese edificio, sacados a los imbéciles y a los hipócritas.

El acto de la bendición se verificó solemnemente, reuniéndose con este motivo lo más granado del carlismo, el arquitecto Acebal, el cura Labayru, los párrocos Ibarrolaza y Prada, el minero Allende, los señores Lezama Leguizamón, con gran pía de curas y frailes.

Y como la morrala clerical no perdona detalle para combatir el liberalismo, eligió el día 3 de Mayo para la inauguración de las obras, trágala cantado a los que el día 2 levantaron en 1874 el sitio que los carlistas habían puesto a la villa.

Está Bilbao de un modo, que la verdad, si no fuera por 15 ó 20 amigos que allí viven, quizás me alegrara de que entrasen un día en él los carlistas y no dejaran piedra sobre piedra.

¿Piedad con las fieras?

Felicito a los liberales de Málaga y Granada por el recibimiento ruidoso que han hecho al jesuita Nocedal.

Hemos llegado a unos tiempos en que el silbido bien aplicado puede inutilizar muchos mamarrachos.

Un periódico liberal viene con dolido por estas silbas que yo aplaudo, y publica nada menos que un artículo, y en letras muy gordas, pidiendo tolerancia para todas las opiniones; teoría hermosa, pero práctica nociva tratándose de clericales intolerantes.

Y para predicar con el ejemplo, ese mismo periódico liberal pide que se castigue a los que en los mitins anticatólicos de Barcelona dicen algo que al pobrecito no le gusta.

Sea todo por Dios, y El tenga siempre en su santa gracia a esos liberales de pega, que sólo se acuerdan de que deben respetarse las opiniones ajenas cuando se trata de clericales.

¡Pero cuánta farsa y cuánta caquería! Estos, y otros liberales como estos, conseguirían que renegáramos de la libertad, si no la amásemos a pesar de sus excesos. ¿A pesar de sus excesos digo? Precisamente por ellos. Lo malo es que ahora no los comete.

Un hombre ha violado, dejándola moribunda, a una niña de cuatro años en Valencia.

Al acabar de leer la relación del horrible hecho, me hubiera sido completamente imposible escribir un artículo defendiendo la supresión absoluta de la pena de muerte.

Los frenos trocados

Leo en *El Ejército Español*:

«Telegrafían de Castellón al *Heraldo*: «El arzobispo de Burgos y los obispos de Tortosa y Lérida han marchado a Villarreal.

Esta noche llegará al mismo tiempo el capitán general para asistir a las adoraciones nocturnas y al Sacramento.»

«Es que el general Moltó no tiene asuntos militares que atender más importantes para un soldado que las adoraciones nocturnas? En buena lógica, ya que el capitán general va a hacer esas cosas, el arzobispo de Burgos y los obispos de Tortosa y Lérida debían dedicarse a revistar cuarteles y organizar maniobras militares.»

No se me ocurre mejor comentario a todo esto, que advertir que es militar, y muy ilustrado, el periódico que tal dice.

El vivo muerto

He aquí las líneas que se ha dignado consagrar don Francisco Pi a la memoria del hombre cuya muerte llora hoy el mundo:

«Castelar ha muerto. Era un brillante orador y un brillante escritor. Llorémosle como literato los que no le podemos llorar como político.»

¿Se concibe esto? ¿No merecía más que esas líneas de Pi el que fué su compañero de emigración y de propaganda democrática, el que llegó con él al gobierno en el primer ministerio de la República? Esas líneas, contra la voluntad del que las ha escrito, dan la clave para explicar lo que al partido republicano le ha venido ocurriendo desde que fué arrojado del poder; por qué han sido infelices sus sacrificios; por qué apenas influye en la opinión. Los que cayeron de lo alto el 73 no han sentido más que odios. No esos odios fecundos que enjendran grandes emulaciones y poderosas energías; esos odios que impulsan a adelantarse para eclipsar ó inutilizar al contrario; sino los otros, los mezquinos, los vulgares, los de hembra; de mala hembra.

Cual si cada uno de ellos hubiera querido vengar en los otros las faltas que le echaba en cara su propia conciencia, todos han vivido la vida pequeña del grupo, sin sacar de aquella gran lección enseñanza alguna. Pero el que más se ha distinguido en odiar, entorpecer y perturbar, ha sido Pi.

Mas no encaja en este número el juzgar severamente lo que ha hecho, y lo reservo para el siguiente.

Imparcialidad

Y lo reservo además para el siguiente, porque nada podría estampar en éste más imparcial y más justo que lo que dice en *La Autonomía* de Barcelona don Francisco Pi y Arsuaga, hijo de Pi y Margall, como él republicano y federal como él:

«No hace aun ocho días combatíamos al político desde estas mismas columnas. Hoy ante su cadáver nos descubrimos respetuosamente.

Tiene la muerte sus prerrogativas. Cesa al borde del sepulcro toda lucha y la historia abre entonces el libro de sus juicios. Ella le juzgará. A nosotros en estos instantes sólo nos toca recordar sus méritos.

Ha sido Castelar durante medio siglo una de las figuras más salientes de la política española.

Débele la democracia servicios inmensos, propagandas activas y elocuentes.

Hizo Castelar muchos republicanos y el partido federal engrosó un día sus filas con no escaso contingente de convencidos adeptos, debidos a la mágica palabra del fogoso tribuno.

Enalteció el Parlamento español con su oratoria sublime.

Fué escritor profundo. Trabajador infatigable, al apagar la muerte la luz de su cerebro, ha malogrado de seguro más de un proyecto literario.

La brillante historia política de Castelar es de otros días. Van unidos a ella los recuerdos de una juventud que fué. El pasado atrae, y al sentir la proximidad de la muerte, quizá soñó Castelar con renovar las glorias de los más felices años de su vida. Era ya tarde y el pasado no vuelve.»

Así juzgan los hombres que no se dejan influir por las mezquindades de la pasión política ni por las pequenezas del odio, pertenezcan al partido que pertenezcan.

Los protestantes

El lunes, en el templo de la calle de Beneficencia, el obispo evangélico, al comentar el texto bíblico «donde está el espíritu del Señor allí hay libertad», dedicó a la vida y a la muerte de Castelar un sentido recuerdo.

«—Castelar—dijo—no comulgaba con nosotros. A pesar de eso y de que no debemos ni queremos tratar de cosas políticas, justo es hacer una sola excepción, pues que tampoco ha habido más Castelar que uno.

Sería impropio de cristianos y de personas bien nacidas enmudecer cuando hablan todos. Sería hasta censurable no levantar aquí espontáneamente nuestra voz en gratitud y alabanza del insigne varón que ha prestado a la causa de la tolerancia tantos y tan desinteresados servicios. Su nombre es imperecedero, y su buena memoria será entre nosotros perdurable.»

Recomiendo al señor Pi la lectura de esos renglones.

De la instrucción primaria

Con pasmosa rapidez va la reacción estrechando el cerco opositor.

La libertad está ya casi asfixiada, y, sin embargo, los españoles parecemos dispuestos a ver cómo se le escapa el último hábito de vida.

Más han conseguido los frailes y monjas de diez años a esta parte, que en el transcurso de los siglos antes del año 20.

El maestro, que para los liberales de la restauración siempre ha sido el último mono, ó el ser más insignificante, para los reaccionarios ha sido el blanco a donde han dirigido con mayor tenacidad sus tiros.

La enseñanza morirá, si una sacudida impetuosa que lo arrolle todo, no la saca a flote; y si llega a fenecer, no sólo será por los golpes asestados por la reacción rabiosa, sino también por la complicidad de todos los liberales, republicanos inclusive.

Y si la enseñanza racional, científica y práctica, la de todas las naciones cultas, llega a faltar del todo... ¡adiós libertades, adiós tranquilidad y sosiego individual, y... adiós España!

Porque en África también hay enseñanza, pero es única y exclusivamente la del Alcorán; igual que aquí se pretende que sea única y exclusivamente la del catecismo.

Pero las condiciones de España son muy distintas a las de África, y por lo tanto, los pueblos pujantes de modernismo no van a consentir que nuestro suelo se convierta en erial, ó a lo sumo en prado donde vegete toda clase de ganado regular; por lo tanto, será lo más probable que vengan a conquistarnos. Y para seguir como vamos, acaso fuese preferible que viniesen cuanto antes, pues de seguro no habíamos de estar peor. Los amos que hoy tenemos, con ser de casa, nos tratan como si fuésemos esclavos, ¿qué más podrán hacer los extranjeros?.....

Leo en un periodiquín de esos que circulan entre maestros: «El Consejo de Instrucción pública ha confirmado la orden de clausura de una escuela evangélica de Mocejón (Toledo).»

No abogo por la enseñanza religiosa de ninguna clase. Pero no es irritante que cuando se consiente y hasta se auxilia el sostenimiento de tanta escuela de maristas, de hermanos de la Doctrina cristiana, de amiguillos del Niño Jesús, de paules, de luises, del Sagrado Corazón de Jesús, etc., se disponga el cierre de una escuela porque se denomina evangélica? Y lo más grave es que nadie se preocupa de ello, que las cuestiones de enseñanza sean nimiedades para casi todos.

El art. 11 de la Constitución, en su párrafo segundo, dice: «Nadie será molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas, ni por el ejercicio de su respectivo culto, salvo el respeto debido a la moral cristiana.»

Y el art. 12 se expresa así: «Cada cual es libre de elegir su profesión y de aprenderla como mejor le parezca.»

En lo legislado para el ejercicio de la enseñanza en establecimientos no oficiales, existen las siguientes disposiciones:

Decreto-ley de 14 de Octubre de 1868: «Artículo 3.º La enseñanza primaria es libre. Todos los españoles podrán ejercerla y establecer y dirigir escuelas sin necesidad de título ni autorización previa.»

Decreto-ley de 29 de Julio de 1874: «Art. 7.º Los fundadores, empresarios ó Directores de establecimientos privados de enseñanza, podrán adaptar con entera libertad las disposiciones que juzguen más conducentes a su buen régimen literario y administrativo. El Gobierno únicamente se reserva el derecho de inspeccionarlos en cuanto se refiera a la moral y a las condiciones higiénicas, y corregir, en la forma que los Reglamentos prescriban, las faltas que en estas materias se cometan.»

Y ahora que tanto se quiere cacarear la libertad de enseñanza, pretendiéndole dar vuelos muy amplios, se ordena la clausura de una escuela de sostenimiento particular!

Aunque bien claramente se ve el propósito de los que piden ahora libertad de enseñanza: no es otro que el de dar entrada en los tribunales de la oficial, a los jesuitas, escolapios, dominicos, agustinos, franciscanos y demás ralea de frailecos que en España se dedican a explotarla, con transcendental perjuicio de la ilustración y el progreso nacional. De realizarse ese propósito, entendiéndolo todos bien, se faltaría escandalosamente a este precepto vigente con toda la fuerza de ley, de 14 de Octubre de 1868: «Quedan derogados todos los privilegios concedidos a las sociedades religiosas en materia de enseñanza.»

UN MAESTRO DE ESCUELA PÚBLICA

Los clericales

En una carta de Roma publicada en *El Nacional* se dice que catorce prelados españoles, (cardenales, arzobispos y obispos) contestaron a una consulta del Papa, hecha por conducto del cardenal Rampolla,

acerca de la situación de España, diciendo que estaban cansados de sostener interinidades que resultaban perjudiciales a la Iglesia; lo cual significaba, ni más ni menos, que suspiraban por don Carlos; cuatro se manifestaron conformes con la dinastía, y los demás contestaron con evasivas que equivalían a nadar y guardar la ropa.

Todo esto dice claramente, que un poder extraño gobierna en la sombra a España, y que el mejor día podemos encontrarnos vendidos en la Península, como nos hemos visto en Filipinas por el P. Nozalea, ese arzobispo de Manila hoy al servicio de los yanquis, y del que dice el corresponsal de *Le Temps* (Londres) inglés agregado al ejército yanqui:

«España debe culpar a ese prelado en gran parte por la pérdida del archipiélago filipino.

El fué quien aconsejó el reemplazo del general Blanco por el general Polavieja, juzgando a aquel desprovisto de energía para reprimir la insurrección.

Después de partir Blanco de Filipinas, caía fusilado Rizal con otros muchos sospechosos.»

Se nos ha querido presentar siempre a los clericales como los primeros patriotas. Y efectivamente: llaman el 23 a los franceses en la Península; se sublevan cuando estábamos empeñados en la guerra de África; no tienen un rasgo de patriotismo en Cuba, y trabajan contra España en Filipinas.

Lo extraño es que subsistamos todavía como nación. Aunque no nos durará mucho, si los clericales siguen dominando.

El ayuntamiento de Madrid, que tiene más ingleses que hay en Londres, ha regalado un magnífico anillo pastoral al obispo de Sión.

Y el obispo, conmovido ante la desgracia de las familias de los dos municipales asesinados hace pocos días en el barrio de Salamanca, ¿qué ha hecho? Aceptar el anillo.

La caridad bien ordenada...

EXCONVENTO DE SAN FRANCISCO

«A principio del siglo XVII era guardián un Fr. Francisco de la Parra, natural de la Parra, y gran propagador entre las beatas de la asquerosa secta de los Alumbados. Según consta del autillio de la Inquisición de Llerena (Véas. Barrantes, aparat. bibliogr. para la H. de Extremadura, tomo II, artículo de Llerena), el tal guardián era todo un foragido concupiscente, pues en la Fuente del Maestre tenía manecías con una beata a quien llamaba la Negreta, y sedujo a muchas mujeres en el acto de la confesión, diciéndoles que aquello no era pecado, antes bien tenía por objeto «que se unieran los espíritus con Dios y se fortaleciesen en su servicio», pues Dios había quitado de él todo lo pecaminoso que antes hubiera. «Esto mismo ejecutaba en Burguillos, habiendo... muchas doncellas, que pasaban de diez, y comunicó a otras con el mismo engaño de no ser pecado.» De Burguillos pasó Fr. Francisco al convento de Fuente de Cantos, donde prosiguió sus costumbres y máximas con más ahínco, pues diz que fué allí mayor el número de mujeres a quienes extravió, algunas de las cuales tenían con él vida íntima. En sus conferencias semi-místicas con estas palomas descarriadas, les preguntaba a veces que qué sentían, y ellas contestaban que gran fuego del amor de Dios; y hablando de las cosas religiosas usaba de chistosas y extravagantes locuciones, pues llamaba Señor el viejo al Padre Eterno, Don Manuel a Jesucristo, Don Quemón al Espíritu Santo (por ser el que abrasaba en el fuego del amor divino), Doña María de la Cumbre a la virgen María, el Regañón a San Juan Bautista, con otros disparates análogos que le servían para embaucar a las mujeres y de este modo conseguir seducirlas. Cuando entraba en un convento a confesar a algunas monjas enfermas, de las que pertenecían a su bando, después de las groseras livandades a que con ellas se entregaba, les decía que de este modo «quedaban valentonas y fortalecidas para el servicio de Dios; y se lo preguntaba a ellas y decían que sí, y con gran valor para llevar los trabajos de la religión con aquel consuelo y alivio que les hacía en el amor de Dios»...

Del tomo VI de la Biblioteca de las «Tradiciones Españolas.»

Los de Getafe, católicos, apostólicos y romanos vecinos, lidiaron el día 23 veinte cornúpetos; teniendo la suerte, que yo atribuyo a milagro de la Providencia, de no morir más que uno y quedar seis gravemente heridos.

Como el parralillo resulta un poco laberíntico, hago la aclaración de que los muertos y heridos no pertenecían a los animales de la raza bovina, sino a los de la humana, dicho sea con perdón de aquella.

LOS SERVIDORES DE LA DEMOCRACIA

D'ALEMBERT

En los siglos XVII, XVIII y XIX ha habido tres sabios que han sido literatos admirables y a trevidos filósofos. El primero es Fontenelle, ese sobrino de Corneille que escribió un hermoso libro sobre la *Pluralidad de los mundos*; el tercero es Francisco Arago, que fué un astrónomo de genio, un escritor distinguido y una de las más hermosas figuras de la democracia. Entre estos dos grandes hombres está d'Alembert, que tuvo tanto ingenio como Fontenelle y tanta erudición como Arago.

Antes de ser una personalidad ilustre comenzó d'Alembert por ser un niño abandonado. Un día del año de 1717 fué recogido en la esquina de

una calle de París, por una pobre mujer que se lo llevó a su casa y lo educó, dándole el nombre de Juan le Rond. La digna mujer que le había salvado de la miseria, que fue de las más sumarias. Pero el genio suple a todo, y el pequeño huérfano conquistó por la meditación y el trabajo lo que no pudo hallar en la escuela. Si es verdad que nada hay más triste que esos primeros años de un futuro grande hombre, también es agradable consignar que el pequeño Juan le Rond se mostró tan grande por el corazón como por el ingenio. Consagró durante toda su existencia un reconocimiento profundo a la mujer del pueblo que le había adoptado, y cuando llegó a ser célebre continuó viviendo con ella, prodigándole la ternura más filial y honrándola al igual de la más amante de las madres.

Todos los hombres superiores del siglo XVIII se dedicaron a servir una idea especial. Montesquieu abogó por la causa de la ponderación de los poderes en el *Esprit de las leyes*; Voltaire sirvió a la libertad de conciencia; Rousseau a la libertad política; D'Alembert, que pasa por un hombre tímido, se mostró, no obstante, el más atrevido de todos, pudiendo figurar entre los antepasados del socialismo contemporáneo. Pretendió probar que un Estado no se halla bien organizado si no asegura a cada uno de sus miembros, no solamente trabajo, sino también el pan. De aquí a decir que el Estado debe dirigir las empresas industriales y distribuir el trabajo entre todos, no hay más que un paso.

En cierta medida tiene indudablemente razón D'Alembert. Las sociedades bien equilibradas no deberían jamás dejar morir de hambre uno solo de los ciudadanos que en ellas viven. La existencia de la miseria prueba que todos los progresos políticos y sociales están muy distantes de verse realizados. El esfuerzo del legislador debe tender constantemente a hacer desaparecer la miseria pública y privada. ¿Quiere esto decir que es preciso imponer al Estado la obligación de fijar y suministrar el jornal? No lo creemos así, porque la humanidad no es una caverna ni una prisión. Subsiste en una suma de libertades que acarrear algunos inconvenientes, y sin las cuales no hay más que el despotismo de un individuo, o el despotismo igualmente odioso del Estado.

Opinamos como D'Alembert cuando reclama para todos los niños la obligación de aprender el catecismo... pero el catecismo cívico. A este filósofo se debe la teoría ingenua y verdadera de que no se puede ser realmente ciudadano, sino a condición de conocer todos los deberes hacia la patria. D'Alembert quería que se enseñara en todas las escuelas lo que es el Estado, lo que nos debe y lo que nosotros le debemos. La idea del filósofo del siglo XVIII ha hecho fortuna. Durante la revolución francesa se compusieron numerosos catecismos republicanos, y en nuestros días se han publicado también muchos manuales de la instrucción cívica y moral. Mr. Paul Bert, Compayré, Char Bigot y Mme. Greville son discípulos de Juan le Rond, é, imitándole, ha hecho una cosa útil y excelente, a despecho de las excomuniones papales llegadas a Roma.

El ilustre filósofo del siglo XVIII fue uno de los colaboradores de Diderot en el diccionario de la *Enciclopedia*. D'Alembert es el autor del prefacio de este monumental diccionario, y este prefacio se considera, con justicia, como una obra maestra de estilo y erudición. En algunas páginas admirables escritas y de lectura agradable, ha resumido D'Alembert toda la ciencia de los siglos anteriores al suyo.

Otro libro del mismo escritor ha llegado a ser clásico: *La memoria sobre la destrucción de la Orden de los jesuitas*. D'Alembert denuncia todos sus manejos e intrigas, y escribe su historia con claridad incisiva y raro vigor.

Abogar por la causa de la franqueza contra los jesuitas, organizar la educación cívica contra los despotismos, reclamar para los obreros y para todos los desgraciados los socorros del Estado, en definitiva, intentar introducir la ternura en la política; he aquí más de lo que es necesario para merecer el título de precursor de la revolución francesa. Quizás no está D'Alembert en primera línea entre estos precursores, tal vez por haber ejercido menos acción sobre su época que los tres grandes genios cuyos nombres han sido glorificados con tanta frecuencia: Diderot, Voltaire y Rousseau. Pero ha dado pruebas de buena voluntad y de abnegación, y ha sido el primero en propagar la fecunda idea del catecismo cívico. Bajo este título deben los hombres recordarlo con respeto y los niños de nuestras escuelas laicas tienen el deber de pronunciar su nombre con gratitud.

ANATOLIO DE LA FORGE

El lunes 1.º de Mayo se izó la bandera blanca en lo alto de la torre del castillo de Myon, en Suiza, significando que las cárceles de aquel distrito estaban vacías.

Estas son las funestas consecuencias que traen la libertad de cultos y el vivir en República.

¿A que no se ha dado nunca un caso parecido en España? ¿Qué ha de haberse dado? ¿Qué, como somos muy religiosos, y por lo tanto muy morales, tenemos siempre las cárceles y presidios de bote en bote.

Verdad es que, gracias a esto, podemos desmentir a los que nos juzgan indignos de figurar entre los pueblos cultos.

Documentos humanos

Condenado en Madrid por sentencia firme Antonio Martínez a un mes y un día de arresto por lesiones, trató de eludir el cumplimiento de la condena, y se puso de acuerdo con el alguacil para que, previa la entrega de la cantidad que estipularon, le permitiera ser sustituido por un tercero que se prestara a ingresar en la cárcel por él.

Echórase a buscar, y supieron que Antonio Miguel Martínez, albañil, se hallaba sin trabajo hacía tiempo, arrastrando una situación desesperada porque no tenía un pedazo de pan que dar a su madre, de setenta años, atendida solamente a lo que su hijo ganaba.

Le propusieron señalarse 12 reales diarios y un cocido mientras durase la prisión. Martínez no aceptó, porque si la oferta mejoraba su suerte, no la de su madre, que quedaba sin comer. Manifestóles que deseaba una cantidad de presente, y convinieron en darle 27 duros.

Arreglado todo, el día en que Antonio

Martínez debía ingresar en la cárcel, se presentó en su lugar el Miguel, acompañándole hasta la puerta su madre, y al despedirse, él le entregó íntegros los 27 duros.

La infeliz anciana cogió la cantidad, anegada en llanto, y colmando de besos a su hijo; y éste, con el valor que parecía darle el cariño, entró en la prisión y comenzó a cumplir la pena impuesta al otro, hasta que, descubierto, comenzó a instruirse causa.

Tenía el hombre 22 años y mucha hambre.

Al pasar por la calle de Ciudad Rodrigo vio en el escaparate de una taberna varias tortillas, y, rompiendo el cristal se apoderó de ellas y huyó. A los pocos instantes fue detenido.

En vano vengo aconsejando que, puestos ya a robar, se robe mucho. Como si predicara en desierto.

Hay gentes estúpidas, a quienes no les entra en la cabeza que debe robarse para vivir en grande, comer bien, vestir mejor, tener carruaje, queridas, etc.; mas no para comer, porque en este caso la ley dice: «No quieren más que comer? Pues asegúrenoslos por unos años el rancho en el presidio.» Y a él los manda, por lógica, y hasta por humanidad.

Así, a robar mucho, o a ser honrados. El robo no puede ni debe figurar en el cuadro de las industrias modernas.

BIBLIOGRAFÍA

Rafael Campillo, artista y literato de gran ilustración ha condensado en un folleto de 16 páginas, titulado «Apuntes biográficos de Velázquez», cuanto interesa conocer del gran pintor Velázquez, ahora que va a celebrarse su centenario.

«Su tiempo. Comienzos de su carrera. Velázquez en Madrid. Su amistad con Rubens. Viajes a Italia. Su enfermedad y su muerte. Mérito de Velázquez. Breve noticia de sus obras.» Tal es el sumario del folleto, que se vende en librerías, kioscos y puestos de periódicos, a 15 céntimos.

El ministro de Fomento ha resuelto que todo lo que se recaude los microscopios en la exposición de Bellas Artes sea para la construcción de una iglesia.

Y ha hecho muy bien. ¿Andamos tan mal de iglesias en Madrid?... Como que nunca voy a ninguna por temor a no encontrar sitio.

Si quiere darme gusto, que construya una para mí solito, y le aseguro que, en acabando un trabajo que traigo entre manos y que ya sólo me ocupará unos cincuenta años próximamente, iré todos los días a oír misa en ella con gran recogimiento y devoción. Y le haré un sitio en mi banco si quiere acompañarme.

Con que lo dicho: venga mi iglesia, la que por turno me corresponde, ya que muy pronto saldremos a templo por harba cada español.

SECCIÓN AMENA

¡SI YO FUESE CURA!

«¿Cuántas veces, arrastrado por el torbellino de una existencia ruda y fatigosa; con un pasado triste, un presente equivoco y un porvenir incierto; cansado de luchar y sin fuerzas para resistir; rendido, desanimado; cuántas veces, repito, he dado al viento esta frase con la angustia de la esperanza muerta: ¡Si yo fuese cura!

Nunca fui envidioso, por impedirle la alta idea que de mí tengo, mas lo declaro ingenuamente; al contemplar por esas calles a los siervos de Dios, gordos como quien no tiene cuidados y tranquilos como quien para nada se preocupa del mañana, siento en mí algo que si no es envidia se le parece mucho, y luego hasta a encontrar elegante su desairado traje y distinguida su vulgar fisonomía.

¡Ah! Si se naciera dos veces, y la segunda con la experiencia adquirida en la primera, cura y sólo cura sería yo.

Después de terminar la carrera, para la que no se requieren grandes aptitudes, habría procurado conseguir el curato de un pueblo con monte y río, cielo alegre y aires puros, apartado de las grandes vías de comunicación lo bastante para no verme molestado a menudo con visitas pastorales, y no tan lejos de una ciudad populosa que me impidiera ir a echar una canilla al aire de cuando en cuando.

Me levantaría con el alba, higiénica costumbre que siempre tuve, y saldría al huerto de la casa cuando el tiempo lo permitiera a respirar el aura embalsamada, ora con el aroma de las primeras flores, ora con el de los primeros frutos, recreando a la vez mi vista en la contemplación, según las épocas, del almendro, del cerezo y del granado en flor en el momento de iluminar su follaje el primer beso que el sol les diera al desprenderse de los brazos de la casta aurora.

Después, y a eso de las ocho en verso y a las nueve en invierno, me trasladaría al templo, situado a pocos pasos, para decir misa a los fieles y exhortarlos a la práctica de todas las virtudes que no estuviesen refrendadas con mi influencia y bienestar, y me retiraría luego a mi casita, donde ya me tendría preparado un sano almuerzo la graciosa joven dedicada a mi cuidado, el que me serviría con movimientos de cervatilla y gorjeos de alondra.

Aparte los días que, escopeta al hombro, saliera por aquellos oceros en demanda del conejo, la perdiz, la codorniz, la chocha y otros animalitos creados expresamente para distracción y alimento del hombre, y más aún del cura, dormiría al terminar el reparador almuerzo una siesta de dos horas a fin de encontrarme aquí y bien templado para las visitas que haría a mis feligresas antes de dar un higiénico paseo.

Algunas noches iría un rato de tertulia a casa del boticario o del alcalde, pero las más vendrían ellos a la mía; y hoy jugando al tresillo, mañana haciendo una ligera colación, pasado oyendo algo de música, aguardaría a las diez y media ó las once, hora en que invariablemente me recogería.

Para las faenas un tanto molestas del oficio, rezar rosarios improductivos, celebrar novenas baratas, administrar el bautismo, el viático y la extremaunción, tendría un ecónomo de alguna edad, que no pudiera en ningún caso desbaratarme plan alguno, y al que encomendaría también la lidia de las beatas pobres y viejas, las que más dan que haer en el confesionario sin provecho ninguno para el cuerpo ni para el alma.

En los días que dedicara a la confesión mi trabajo aumentaría un poco, mas lo llevaría con paciencia por las ventajas que el acto me traería. Por saber lo que cada cual hace en el pueblo, y lo que desea y lo que piensa, bien se puede sufrir con gusto alguna pequeña molestia.

Esto de la confesión, sin embargo, me habría preocupado un poco. Tener allí, a mis pies, arrodillada a una mujer hermosa, percibiendo las notas más apagadas de su aliento entre los sollozos y suspiros que la revelación de una culpa arranca; excitaría a que entrase en detalles íntimos para poder apreciar la intensidad de la culpa y aplicarle la penitencia sin lenidad, pero también sin exceso; todo esto, lo repito, me habría preocupado un poco. Mas no estando en mi mano variar la naturaleza humana, procuraría no caer diariamente más que las siete veces que se le conceden al justo, que ya son bastantes, y con esto acallaría el rumor de mi quinquillosa conciencia.

Si la hermosa compañera de mi soledad, por rendir tributo a la ley de la procreación tuviese algún amoroso descuido, yo, haciendo uso de la facultad de perdonar los pecados que me fué conferida en la ordenación, derramaría sobre su llagado pecho el bálsamo del consuelo, y sus hijos parecerían también míos por el cariño y solicitud con que los atendería.

Y como entonces no se hubiera publicado *El Motín*, viviría feliz y satisfecho haciendo alguna que otra obra de caridad, para que los hombres pudieran decir con razón que les ayudaba, las mujeres que las consolaba, y para que los niños me dieran el dulce nombre de padre.

Y de este modo vería llegar sin sobresaltos mi última hora, bendiciendo a la Providencia que me había inspirado la buena idea de hacerme cura para librarme de cumplir la terrible sentencia fulminada en el Paraíso contra el hombre por haber saboreado la dulcísima manzana en compañía de la mamá primera del género humano, sin que el serlo me hubiera impedido gozar de ninguno de los placeres que nacen de aquella simpática, hermosa y necesaria desobediencia.

Y cuando mi última hora llegase, ¡qué qué beatífica sonrisa me despediría de los imbéciles que me habían dado dinero constante y sonante a cambio de letras sobre el Purgatorio, y cómo bendeciría la hora en que se me ocurrió cantar misa! Con seguridad que si algún ser querido, del mismo sexo que yo, estaba en aquel instante cerca de mí, esta sería la última recomendación que le hiciera con voz vacilante y apagada: «¡Haz... te... con... ral... ¡con... ral...»

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Se celebraba no sé qué fiesta religiosa en Onteniente y no cabía ni un alfiler en el templo.

Súbito se oyen gritos de ¡viva don Carlos! ¡muera la libertad!, los devotos corren a ganar la puerta, se atropellan, y...

«¿Quién le hubiese dicho a Cristo, cuando predicaba el amor entre los hombres, que los templos donde se le venerase habían de ser convertidos en clubs para defender a un tipo como el Chapu?»

Aun cuando ha visto tanta abominación en ellos, que acaso esa le resulte inocente.

Lorca 28 Mayo.—Visito pueblos; curas, beatas, beatos protestan en todas partes contra impiedad ministro Pidal. Este desprecia rogativas para que llueva y presenta proyecto canales rigos. Asombra general por apostasía semejante; católicos todo esperar deben divina providencia.

Mal ejemplo Morín; contagia ministros. Rogativas más baratas que canales.—ABARRATEGÜI.

Tanto prefería y halagaba el párroco de la Bihál a una hija de María, que las demás se declararon en huelga y no han cantado las flores de Mayo este año.

Párroco; modera tus pasiones, por castas y puras que sean, pues ya ves que producen celos y ahuyentan gorgoritos.

Preñere a la hija de María que más te agrade, pero que no se eutere nadie más que ella y tú. ¡Ah! Y el que ve en lo oculto.

Los clericales se lamentan de que las obras de la catedral de Madrid adelantan poco.

Pues aflojen la bolsa y las verán crecer como la espuma. Los males que se remedian con dinero, nunca fueron males... para los que tienen dinero. Y quieren darlo.

Así, a darlo y a callar. O reconocer que tengo razón al decir: «Eso de la fe religiosa en España, es una pura filfa; fe de talco como los adornos del culto en las iglesias de los jesuitas; fe de a perro chico; fe de apariencia; fe cicatera y calculadora; y gallá va el colmol, fe Fernando Fe, librero.

Lobos que se muerden

Hace unos años llegó a Herencia un fraile, se instaló en el convento de la Merced, y desde aquel

instante la tranquilidad de los vecinos descendió no sé cuántos grados bajo cero.

La suerte fue que por entonces había en la población un párroco, hijo del pueblo, muy querido por su desinterés y bondad, y esto neutralizó algo los malos efectos de la campaña del fraile.

Pero muere, viene otro, se forman dos bandos, y comienzan a desacreditarse con esa saña propia de clericales. El fraile y los suyos dicen del cura horrores; que si es ambicioso, que si explota la ignorancia; el cura y los que le siguen aseguran que el fraile, según denunció un lego, es algo, algo... ¡vaya, que no lo digol pero es cosa que se relaciona con las buenas costumbres; ¡con las buenas! no; con las contrarias.

Y en este estado, encendidas las pasiones, interviniendo el anónimo, insultándose los dos bandos, se vive hoy en Herencia, esperando que el mejor día vengan a las manos los zúls clericales, y...

No sería esto de sentir; al revés, convendría mucho; pero es el caso que pudieran pagar justos por pecadores, y esto ya no deben consentirlo las autoridades.

Se me suplica que indique la solución que pudiera darse al conflicto, y, francamente, no me atrevo ni a pensar en ella, no sea que el diablo me inspire alguna, mala como suya, relacionada con el acbuche, el cerezo, la encina, ó otro cualquier simpático arbolito de esos que producen garrotes de regular consistencia y tamaño.

Así lo mejor será que las personas prudentes y honradas no se mezclen en el asunto de los beatos; y si al fin acaban por morderse, ¡el Señor nos libre! y no quedan de ellos ni los rabos (¡Dios lo haga!), pediremos a la Academia que desierde del lenguaje el modismo ó refrán que asegura que los lobos no se muerden.

Y Cristo con todos.

Los vecinos de Salamanca andan soliviantados. Los neos, ayudados por el obispo Cámara, tratan de convertir su Universidad celebrísima en un establecimiento de carácter privado, esto es, una universidad de las llamadas católicas, como la de Oñate por ejemplo, ó el colegio de estudios superiores de los jesuitas en Deusto.

¡Y toma clericalismo, Salamanca!

Los cuervos espantados

Y dijimos en la sección de noticias de nuestro número de ayer:

«A las tres y treinta de la madrugada del próximo día 28 saldrá de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, sito en la calle de la Flor Baja, una peregrinación con dirección a Toledo. Los peregrinos recorrerán las calles de San Bernardo, plaza de Santo Domingo, calle de Preciados, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, paseo del Botánico a la estación del ferrocarril...»

¡Viaje más inoportuno!

Precisamente mañana, cuando todos los españoles, verdaderamente españoles, debieran estar en Madrid para desfilar en manifestación de pésame por delante del túmulo en donde quedará expuesto de cuerpo presente el hombre más grande de la España contemporánea, esos, los más indicados, los que por su significación religiosa deben dar el ejemplo, desentan del deber, huyen de la capital y «escurren el bulto» emigrando a Toledo, a la ciudad vecina, para no oír siquiera el murmullo de dolor de las multitudes que atraviesan por delante del edificio del Congreso, llevando el alma enlutada y el rostro pálido, como mascarilla de amargura desgarradora. Los idólatras asociados de esa Corporación de Jesús, entienden la cosa de otra manera, por lo visto; les parece mejor eso de volver la espalda al glorioso, a ese glorioso que en estos instantes de inmenso sentimiento, contemplan con admiración y amargura todos los pueblos del mundo.

Cada uno hace sus consideraciones a su manera. Si unos proceden en justicia y otros injustamente, no importa para el caso; alguien se ha de equivocar cuando se discrepa. Madrid en pleno y España y Europa y el mundo, saludan hoy el cadáver del grande hombre; esos, esos, en cambio, rehuyen hacerle el saludo, se ausentan en colectividad, por no ver, por no oír, por no respirar el ambiente de las masas; les duele la presencia del muerto, como al demonio le dolía la presencia del ángel.

Y es que las colectividades de esos matices odiaban al gran tribuno; ellos que no deben tener nada más que la santa cruz como único lema y enseña y ensueño, no transigieron con el apóstol de la democracia, como si la política les preocupase más que la religión. Ni a su cadáver consideran, ni a su gloria, ni a su nombre. ¡Oh, qué terribles y qué repugnantes son los odios de los egoístas fanáticos!

Pero hacen bien en huir. Su presencia levantaría postemas sobre la carne muerta de Castelar; el aliento de los cuervos haría que se pudriese antes el contenido glorioso del catafalco del Congreso. ¡Ah, bueno que se lo coman los gusanos, pero no que digieran sobre él las aves de rapina!

Después de todo, el glorioso de las tribunas está muy por cima de esas ruindades con manteo; él siempre será Castelar que brilla; ellos siempre serán roedores que se espantan...

LA REFORMA

Meeting anticlerical EN ZARAGOZA

El sábado último se celebró en Zaragoza el proyectado meeting anticlerical.

Poco después de las nueve de la noche refanse llenos los palcos, plateas y galería del grandioso teatro de Pignatelli, y de pie, por haberse quitado las butacas, numerosa concurrencia.

Por ausencia del presidente de la comisión organizadora, el exconcejal republicano don Víctor González Abelaide, ocupó la presidencia el conocido escritor y propagandista federal don Juan Pedro Barcelona, quien en correctas frases hizo constar la imposibilidad de que concurriera al

meeting la ilustrada propagadora del libre pensamiento doña Belén Sárraga de Ferrero, por hallarse enferma, y fijó el verdadero carácter y objeto del meeting, que no era—dijo—anticlerical, sino religioso de ninguna secta, sino de protesta contra la reacción clerical que parece tomar mayores vuelos desde la constitución del actual gobierno y al amparo del llamado general cristiano.

Seguidamente pronunció el señor Perales un fogoso discurso combatiendo la reacción y exhortando a todos los liberales a combatir; el secretario de la comisión señor Martín dirigió entusiasta solicitud a sus compañeros de la juventud para que se aprestasen a luchar contra el clericalismo que todo lo invade; el señor Alberg, obrero veterano en la propaganda de las ideas de redención popular, pronunció un sentido discurso, frecuentemente aplaudido, sobre la necesidad de no cejar en la lucha contra los reaccionarios, y el señor Cruz hizo una brillante excursión histórica desde los tiempos de los reyes católicos hasta los presentes, demostrando cómo la reacción era causa de la decadencia de España.

Hizo el resumen el presidente, señor Barcelona, con un notable discurso, justificó la necesidad de aquel acto y otros análogos, señalando la reciente vuelta a la política activa de Emilio Castelar, a cuya muerte consagró sentido recuerdo para combatir la reacción representada por el general Polavieja. Señaló la diferencia entre Francia y España, pues mientras la primera, después de Sedan, tuvo un Gambetta que le señaló orientación redentora indicando el clericalismo como su enemigo, aquí tras la pérdida de nuestras Colonias y con mayor necesidad de levantarnos y redimirnos, sólo hallamos un marqués de Pidal y compañeros que quieren entregarnos atados de pies y manos a los clericales. Recordó que el clericalismo calla ante todas las grandes injusticias y se aprovecha de ellas, pues no ha tenido una protesta contra los brutales verdugos de Montjuich. Mostró cómo los clericales invaden todas las esferas de la vida y engendran la miseria, pues los conventos de monjas arrebatan el trabajo a las mujeres, y comunidades de frailes pretenden arruinar industrias que mantienen gran número de familias y contribuyen a las cargas del Estado. Afirmó que la reacción no prevalecerá, recordando que la ley Catalina, opresora de la enseñanza, se promulgó en Junio de 1863, y tres meses después la revolución barrió todo lo existente.

Después de su aplaudido discurso, propuso la siguiente conclusión que el numerosísimo auditorio aprobó por unanimidad.

«El pueblo siempre liberal y democrático de Zaragoza, protesta contra todo intento de reacción que pueda anidarse en el Gobierno y afirma su propósito de combatirlos incesantemente.»

Como detalle curioso es de consignar el lojo de agentes de policía y hasta Guardia civil que había en el local.

El meeting ha producido tan excelente efecto entre los elementos democráticos, como péstima entre los reaccionarios, que desconocían ó efectaban desconocer que el pueblo de Zaragoza responde cumplidamente siempre que se le llama a actos de esta índole.

Felizmente, aún no está muerto ni embrutecido como algunos creían.

EL CORRESPONSAL

LOS GRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas francas de porte y certificada.

Para los suscriptores a *EL MOTIN* a 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

El joven que arreaga el reloj en la iglesia de Zarza de Montánchez, encontró cerrada la puerta por donde acostumbraba a subir a la torre, y tuvo que pasar por la nave.

Hizo al cruzar por frente al altar la genuflexión debida y proseguía su camino, cuando oyó a una de las sobrinas del párroco (usa dos, de 22 y de 15 años respectivamente) gritar con voz iracunda: «¡arrodíllense usted!»

El cura ¿y cómo no? se puso de parte de su amada sobrina, y aunque se llama Urbano, saltó a la urbanidad y a la prudencia de una manera formidable, demandando después al joven a juicio de faltas, donde estuvo intrasigente como el solo, dando lugar a que el secretario del Juzgado le recordase la bondad y tolerancia de Cristo. El religioso fué condenado a un día de arresto y 15 pesetas de multa.

Hubo quien interviniera para que el asunto se arreglase, pero el de las dos sobrinas puso por condición que oyese el joven una misa arrodillado y pidiese después perdón al público, a Dios y a él. ¿Y por qué no a su amita? ¡Allanoso a lo primero, pero no a lo segundo, por creerlo depresivo para su dignidad, dado que en nada había faltado.

De esta manera cristiana y evangélica se conducen muchos curas en los pueblos; verdad es que el de autos es de Brozas, pueblo del que dicen los de su alrededor. «De Brozas, ni jaca ni moza; y si puede ser, ni mujer; y si mucho me apuras, ni sacerdotín ni cura.»

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores a *EL MOTIN*

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.

LOS REYES CON MOTIN, por Ch. Pottier. Con láminas.

LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, Discurso del obispo Strossmayer.

JUANA LA PAPA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por id.

MONITA SECRETA, ó INSTRUCCIONES reservadas de los jesuitas.

LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por Un profeta.

¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz, de Liria».

CARTAS DE TATLERAND al obispo de Clermont y al abate Maitry.

CARTA DE TATLERAND al Papa Pío VII.

POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «EL MOTIN».

LA REDENCIÓN Y LA IGLESIA, por Leurent.

MÁXIMAS HONORABLES DE LOS JESUITAS, anécdotas de sus obras.

MÁXIMAS PORNOGRÁFICAS DE LOS JESUITAS, ídem, ídem.

CARTA A EUGENIA, por Frère.

LA IGLESIA Y LA DEMOCRACIA, por F. Laurent.

¿QUÉ ES LA IGLESIA? por Ch. Pottier. (Dom Jacobus.)

LA ENLUTADA Y LA IGLESIA, por id.

LOS MEJORES HOMINOS FIADOS, por «El Motin».

GRACIAS Y AMAR, por id.

GRACIAS DE CURAS, por id.

MADRID.—IMPRENTA, LIBERTAD, 29.